



DOCUMENTOS DE TRABAJO DEL CIES

ISSN 2362-2598

N° 24

MAYO - 2026

Pobreza y políticas de las sensibilidades: experiencias emocionales en personas en situación de pobreza

María Victoria Mairano – Adrián Scribano – María Ailén
Carrizo – Ayelén Tamassi – Antonella Messina – Camilo
Agustín Martínez – María Sol Taborda Camacci – Paula
Varela-Fernández

Vida Cotidiana, espacio-temporalidad y Sensibilidades Sociales

Centro de Investigaciones y Estudios Sociológicos

ESI ESTUDIOS SOCIOLOGICOS
EDITORIA

Documentos de Trabajo del CIES

ISSN 2362-2598

N° 24

MAYO - 2025

Publicación electrónica Trimestral

Director del CIES:

Adrián Scribano

Edición y coordinación general:

Ignacio Pellón Ferreyra

Editor responsable:

Estudios Sociológicos Editora

Centro de Investigaciones y Estudios Sociológicos

editorial@estudiosociologicos.org – www.estudiosociologicos.org

Comité Editorial

Adrián Scribano

Gabriela Vergara

Ana Cervio

Horacio Machado Aráoz

Claudia Gandía

Pedro Lisdero

Los textos publicados en Documentos de Trabajo del CIES son sometidos al referato de evaluadores internos y externos, a quienes agradecemos su participación.

Diseño de tapa: Romina Baldo

Documentos de Trabajo del CIES

Documentos de Trabajo del CIES es una publicación electrónica del Centro de Investigaciones y Estudios Sociológicos, donde las y los investigadores del ámbito de las Ciencias Sociales tienen la oportunidad de socializar los avances relativos a sus investigaciones como así también las actividades académicas y científicas en las que participan difundiendo su labor.

Es la intención al generar este espacio que, quienes estamos abocados a la tarea de construir conocimiento científico desde el Sur, nos encontremos en él para escribir acerca de las indagaciones realizadas en el marco de las indagaciones individuales y colectivas vinculados a los campos temáticos propios de las áreas que convocan:

Ambiente y Sociedad, Vida Cotidiana, Espacio-temporalidad y Sensibilidades Sociales, Conflicto y Estructura Social e Innovaciones Metodológicas.

Constituye esta otra oportunidad para dejar constancia del interés -compartido por muchas y muchos-, y del convencimiento que una de nuestras tareas es la de difundir las voces de quienes tienen mucho que decir sobre las realidades sociales, ambientales, cotidianas y sobre los modos de abordarlas científicamente.

En este sentido los objetivos de esta publicación recuperan las intenciones del CIES de dialogar e indagar sobre la sociedad desde caminos interdisciplinarios vinculados a la Teoría Social y a formas de indagación concretas.

Particularmente la creación de este espacio se realiza con el propósito de dar a conocer los proyectos y líneas de trabajo a la comunidad científica, académica e interesados en las temáticas en estudio que se desarrollan en dicho Centro.

Centro de Investigaciones y Estudios Sociológicos

Las múltiples y complejas transformaciones que se están evidenciando en el inicio de la segunda década del siglo XXI en Latinoamérica, el Sur global y el mundo se presentan a todos los científicos sociales como una fuente de desafíos y preguntas. Por ello, el Centro de Investigaciones y Estudios Sociológicos (Asociación Civil – Leg. 1842624) es un espacio que se propone compartir, dialogar e indagar la sociedad -más allá de la adjetivación desde la sociología- desde caminos interdisciplinarios que giran alrededor de la Teoría Social y las prácticas de indagación concretas.

Introducción

Pobreza y políticas de las sensibilidades: experiencias emocionales en personas en situación de pobreza

María Victoria Mairano

CONICET-UNLaM; UBA

Con mucha alegría presentamos este nuevo Documento de Trabajo del CIES “Pobreza y políticas de las sensibilidades: experiencias emocionales en personas en situación de pobreza”. El mismo es resultado del esfuerzo colectivo de docentes, investigadores y estudiantes que, en el marco de un proyecto de investigación de reconocimiento institucional PRI-UBA titulado: “Pobreza, Emociones y Mundo Digital: Políticas de las sensibilidades en CABA 2024-2026”, llevaron adelante una primera reflexión sobre las emociones y sensibilidades que atraviesan los espacios destinados a brindar o producir servicios para personas en situación de pobreza en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires durante los años 2024 y 2025.

Nuestro objetivo condensado en este primer documento de trabajo, fue presentar una primera aproximación a las sensibilidades que se traman en aquellos espacios que brindan algún servicio (comida, vestimenta, abrigo, medicamentos, etc.) a las personas en situación de pobreza que transitan la ciudad. Estos espacios van desde comedores y paraderos hasta organizaciones políticas o barriales, ollas populares e iglesias, entre otros.

De esta manera, los escritos que componen este documento presentan algunas reflexiones acerca de las emociones de las personas que están a cargo de estos espacios en relación a su rol en esos espacios, sus historias de vida que hicieron que lleguen hasta allí, la relación que tienen con aquellos que asisten y las tareas que realizan que permiten que estos espacios funcionen y sean uno de los principales modos de intervención/asistencia a la pobreza. Para poder llevar adelante esta propuesta, hemos realizado observaciones y entrevistas en profundidad de forma colectiva durante el periodo comprendido entre los años 2024 y 2025, en distintos espacios/instituciones distribuidas geográficamente por la ciudad.

A continuación se presenta sintéticamente la organización del documento:

El recorrido se inicia con el escrito “Que es la calle”, de Adrián Scribano, quien es director del proyecto PRI. El autor nos ofrece distintos puntos teóricos para poder pensar la estratificación de la pobreza en la ciudad, así como nos invita a problematizar teórica y metodológicamente el modo de observar y mirar los diversos modos de habitar la pobreza desde nuestras propias prácticas de investigación.

Seguidamente, María Ailén Carrizo, en “Entre el abandono y la exclusión: Organización, violencia y situación de calle: Un análisis desde la Ciudad Autónoma de Buenos Aires”, se propone comprender las formas de organización, resistencia y producción de comunidad que se despliegan en la vida cotidiana de personas en “situación de calle” en un contexto atravesado por la digitalización.

En tercer lugar, Ayelén Tamassi nos presenta su escrito “Abrígame con Confianza y Amor. Un análisis de la conformación de las subjetividades de las personas en situación de calle”. La autora allí se propone identificar el modo en que los espacios analizados, influyen en la formación y la producción de las subjetividades de las personas en situación de calle.

Luego, Antonella Messina, en su escrito titulado “Cuerpos des-carados. La vergüenza como mecanismo sancionatorio en las personas en situación de calle”, tiene como objetivo explorar la vergüenza en tanto mecanismo sancionatorio en personas en situación de calle. La autora considera tres dimensiones de análisis: la noción de Cuerpos des-carados, cuerpos a-normales y cuerpos deshumanizados.

En quinto lugar, presentamos el escrito “Las sensibilidades de la calle” de Camilo Martínez, quien se propone abordar las sensibilidades que se traman en los espacios que ofrecen cuidados y comida a las personas en situación de calle, partiendo de sus biografías y de las vivencias que acompañan esas experiencias de habitar la calle.

Luego, el sexto escrito corresponde a María Sol Camacci, quien se propone abordar las distintas políticas de las sensibilidades que se anidan en las formas de habitar la ciudad y específicamente, la calle, poniendo el foco en las vivencias que genera la exclusión, en el lugar de las redes de solidaridad y reciprocidad y también en el rol de las redes sociales allí. El mismo se titula “Habitar la calle. Una indagación en torno a las políticas de las sensibilidades de las personas en situación de calle en CABA”.

“Vidas marcadas: tatuaje, pobreza y sensibilidades” es el título del séptimo escrito. Allí, Paula Varela Fernández nos convoca a reflexionar acerca del modo en que se expresan las corporalidades en la calle. La autora pone el foco en el uso del tatuaje en los escenarios marginalizados de la ciudad de Buenos Aires, con el propósito de contemplar los cuerpos en la calle –la presencia de los cuerpos en el espacio público– y la calle en los cuerpos –la encarnación de las lógicas urbanas y sus códigos culturales, violencias y afectos–.

Hasta aquí, un breve recorrido de siete escritos desde la óptica de la sociología de los cuerpos/emociones, que canalizan distintas miradas sobre la situación de pobreza, sus diversos modos de expresarse y las formas en que diferentes espacios canalizan estas necesidades y permanecen en el

tiempo ofreciendo no solo recursos de vida, sino también muchas veces una oreja, en términos de escucha, para que el otro pueda expresarse.

Para finalizar, debemos resaltar la importancia de esta sistematización hasta aquí realizada como primer insumo para pensar los futuros caminos que abordará nuestro proyecto de investigación. En primer lugar, creemos necesario tomar estas reflexiones para poder continuar con nuestras observaciones y entrevistas en distintos espacios aún no visitados, así como el principal insumo para el armado de un guion de entrevista que nos permita, ahora sí, tomar contacto con las personas en situación de pobreza que acuden a estos espacios.

¿Qué es la calle? Una mirada desde la sociología de los cuerpos/emociones

Adrián Scribano

CONICET-IIGG-UBA / CIES. Email: adrianscribano@gmail.com

Resumen:

El texto propone una mirada compleja sobre las experiencias de la pobreza y la situación de calle vinculándola con el mundo digital y las emociones. La redefinición de lo que significa "la calle" es el eje central del mismo como antesala a los demás escritos. El autor enfatiza en que la calle no es únicamente un espacio físico de tránsito, sino que opera al mismo tiempo como lugar y territorio. En términos de territorio, supone fronteras, límites y apropiaciones (tanto simbólicas como materiales), que se ven atravesadas por "muros mentales" y desigualdades sociales. Como espacio, la construcción de identidad: los individuos no simplemente "proviene de" algún lugar; son del sitio donde viven y habitan en la calle. Y, como espacio, es una experiencia vivida llena de sentidos y emociones.

Palabras clave: Calle – Emociones - Ecologías emocionales - Territorio - Lugar.

Este ensayo es una mirada al bies, transversal, oblicua que incluye y se conforma por varios años de indagación sistemática sobre las nuevas modalidades de pobreza, 10 años de contacto con experiencias de “atención” a personas de calle y un proyecto específico que estamos llevando a cabo en el contexto del PRI-UBA titulado: “Pobreza, Emociones y Mundo Digital: Políticas de las sensibilidades en CABA 2024-2026”.

“La calle ha sido durante mucho tiempo un laboratorio clave para los estudios sobre la vida social, desde las raíces de la sociología urbana en las etnografías de la Escuela de Chicago hasta la diversa gama de estudios contemporáneos que consideran la naturaleza performativa, afectiva y no representacional de la etiqueta y el encuentro callejero.” Así inicia el paper de Hubbard y Lyon (2018) que es la introducción al Volumen 66, Número 5, de Sociological Review y que da cuenta de la multiplicidad de posibilidades de analizar qué significa “la calle”.

El proyecto al que hace referencia este Documento de Trabajo sobre las experiencias de pobreza, las maneras pluriformes que ha adquirido esta relación entre miserias, pobrezas y abandonos, en una ciudad como Buenos Aires y en un espacio como el AMBA, plantea una pregunta que hemos formulado y construido a partir de la conexión entre la experiencia de pobreza, la situación de calle y la digitalidad.

En términos de la pregunta sobre cómo es el mundo digital en contextos de diversas experiencias de pobreza, el sentido común indicaría que los pobres acceden a lo digital como lo hacen otros, y que quienes están en situación de calle parecerían no poder tener teléfono. Sin embargo, paradójicamente, si quieren tener alguna conexión con el Estado, necesitan la digitalidad; por ejemplo, para sacar documentos o recibir algún subsidio, deben acceder a ella.

La conexión calle y digitalidad nos lleva a preguntarnos: ¿qué significa la calle?

En primer lugar, la calle es a la vez territorio, lugar y espacio. El territorio alude, por supuesto, en la construcción del capitalismo, de las ciudades y de las formas de evolución que ha tenido la propiedad, a la apropiación, a la fijación de propiedad, al territorio, a la superficie, al suelo. Y, por lo tanto, la calle también tiene algo de eso —que ya veremos en qué sentido—, pero también es un lugar, una coordenada, un eje identitario por donde se cruzan distintos ejes.

La calle también es un lugar que dona identidad, en el que se busca y se construye identidad. Pero, por otro lado, es un espacio donde se experimenta: un espacio que se vivencia, que se ocupa fenomenológicamente, en el sentido de que se habita. La calle también es un lugar y un territorio que se transforman en un espacio habitado. Entonces, desde esta perspectiva que estamos empezando a mirar, la calle no es ese lugar por donde pasan los autos y hay veredas; la calle no es simplemente un canal de comunicación; la calle no es solamente el lugar donde la gente camina. Hay un acceso de sentidos y

sensibilidades en la calle y, por lo tanto, también hay una plusvalía ideológica en la construcción de lo que significan, se vivencian y se sienten las calles.

Pero esta lógica de unificar, sintetizar o constituir “lo universal” como calle borra —o, por lo menos, blurea— el hecho de que son calles en plural. Ahí aparece un proceso bastante interesante para ver por qué expresiones como “en situación de calle”, “estar en la calle”, “vete a la calle” nos permiten percibir de qué modo hay una economía política de la moral en relación a la calle y, por lo tanto, también distintas significancias, pero, por sobre todo, distintas vivencias y distintas maneras de experienciarla. Como habíamos dicho entonces, la calle es territorio porque implica bordes, veredas, regiones y apropiaciones individuales y grupales. Pero, sobre todo en términos del territorio, digamos que lo primero que hay en la calle —esto que hemos traído a colación hace ya mucho tiempo a partir de la noción de Bourdieu— son muros mentales. Barreras producidas por los fantasmas y fantasías que emergen de una ciudad pulcra, blanca y “moderna”.

Las calles son bordes, sinuosos y performativos, y también son lugares donde se van elaborando fronteras. Esta tensión entre lugar, territorio y espacio, cuando se la mira desde el territorio, se presenta como frontera. La calle es la línea por la cual se va determinando que vos estás allá y yo estoy acá; él está allá y nosotros estamos acá. Ellos están allá y nosotros estamos acá. ¿Qué quiere decir esto? ¿Qué significa borde? Significa frontera, significa límite. La calle, en tanto territorio, delimita; la calle, en tanto territorio, dice dónde estás y de qué parte estás.

Hay una expresión en la lógica de la calle que es “dónde parás”, “dónde estás parando”, así como, años atrás, se preguntaba dónde parabas para tomar un café, dónde comías, dónde ibas a tomar un café. Esto es así porque, en todo caso, dependiendo de dónde camines, duermas, comas, te bañes, te higienices o te cortes el pelo, es desde dónde sos, no solamente de dónde venís.

Preguntarle a alguien en situación de calle de dónde viene es absolutamente legítimo, pero también preguntarle dónde habita es, por una parte, interrogar la cuestión identitaria en tanto cuestión social, y, por otra, se moverá hacia la noción de lugar.

Pero el territorio tiene regiones. Uno puede estar de una vereda o de otra. Hay esos muros mentales que bordean, pero, a la vez, posibilitan que el otro esté del otro lado, que uno tenga una manera de estar en el mundo.

Y este territorio se hace —aunque parezca un poco abstracto decirlo—: se vuelve, se hace, se convierte en un objeto donde yo estoy con otros, porque no hay una sola persona en situación de calle; generalmente hay varias. Hay solos, pero ese “solo” también tiene que ver con la lógica de la estrategia de estar en la calle de un lado o de otro: las veredas como suelo, la vereda como un lugar donde yo pongo,

donde creo amistad, proximidad con el vecino, con el policía, con los acompañantes de caminos, con los senderos seguros para la educación y todos los que están en los colegios, con la autoridad, con párrocos, con la gente de las iglesias, con los dueños de las panaderías, con los dueños o encargados de los bares.

Son las personas con las cuales quien está en situación de calle, quien vive en la calle, quien experimenta la calle, las toma como parte de “la casa”. “Yo paro cerca de donde está La Redonda” es una expresión que alude a una iglesia muy conocida donde asisten a las personas en situación de calle.

Por otro lado, en este horizonte del sentir, es importante tener en cuenta las lógicas de habitabilidad e inscripción que las personas buscan/portan. La calle, como territorio, es una superficie de inscripción que vuelve a la vereda y a la calle algo mucho más complejo que el lugar por donde transitan los autos: algo que tiene la particularidad de ser frontera, borde, límite, por el cual, en el cual o a través del cual yo vivo y experimento la vida.

Esto es así porque las personas necesitan configurar los espacios de acuerdo con esta sensación: quienes viven en la calle viven en territorios y, por ello, están divididos. Son del norte, son del sur, son de Barracas, son de Belgrano. Y, en ese sentido, nos permite, en la ciudad, saber de qué vecino estamos hablando, que es otra cosa.

Esa apropiación, esas fronteras, se van transformando en un lugar, y la lugarización tiene que ver con la calle como punto de referencia, como procesador de identidad, como refugio. Por eso hay una lugarización de esos bordes.

“Yo soy de acá”. Estoy en el fluir de cambiar de lugar, de volverlo identidad, con una especie de liviandad, con una especie de capacidad de modificarme, con una especie de mutación permanente. Por eso, el caminar, por eso el desplazamiento, es parte de su identidad, inscripta en la construcción de lo que Giddens (1984) llamó regionalización.

Pero, de todos modos, la lugarización de transitar la calle como un habitante involucra el hecho de ser un procesador identitario, que tiene que ver con ser de aquí o ser de allá. Pero también tiene que ver con la presencia: dónde me corto el pelo, o si voy a alguna parroquia en San Telmo —que las hay—, dónde me baño —Colegiales—, o en algún lugar de la ciudad que se usa para “telefines”, es decir, centros deportivos que, luego de cierta hora de la tarde, dejan entrar a las personas en situación de calle para bañarse. Entonces, uno empieza a ser de ahí. ¿Cómo? Como toda la sociedad contemporánea: indeterminada, precaria e innecesariamente identitaria. Porque el llamado a la identidad, es una interpelación que no está pensada para estar en la calle, de ahí muchos de los dolores y contradicciones que suscita.

La calle brinda, además, un lugar. Por eso es un punto de referencia. No solo estamos en la calle Jujuy al 133, sino que también somos este procesador de identidad y un refugio. Me conozco dónde están los techos, conozco dónde están los lugares más abrigados; manejo la lógica de los vecindarios que son más amistosos. ¿Qué refleja el refugio? Que, frente a la precariedad y la indeterminación que toda la sociedad vive, se agrava y se amplifica en el lugar llamado calle. Salgo de la intemperie estando en la intemperie. Y esa es la paradoja más grande de la noción de “situación”.

La calle es un lugar donde todavía hay más refugio que en la intemperie. Es interesante ver cómo la calle me ofrece estrategias de sobrevivencia, me otorga caminos señados —señalados—, recorridos por otros, donde hay puntos que me permiten refugiarme frente al frío, al calor, al hambre, a las necesidades físicas, a las necesidades de hablar. Y eso es muy importante, porque tal vez uno de los procesos más conflictivos entre el que vive en la calle y los que no viven en la calle es que es un vecino que no está autorizado a hablar con otro vecino.

Está ahí siempre, por lo menos por dos o tres meses; por eso es un flujo, por eso fluctúa. Y además está esta cosa de lo que hay en la calle: el acceso a lo que hay en la calle, la necesidad de asistirse con alcohol, con una pastilla como medio para poder dormir, para poder resistir. Porque también es un refugio, porque tengo que ir ahí a resistir. Entonces ahí aparece esta cuestión de “me va muy mal, pero en la calle resisto”, porque vengo de un proceso conflictual que me expulsa a la calle, que me lleva porque no quiero estar en esta situación o porque prefiero estar en esta situación.

Pero acá volvemos a la parte del territorio. Es un territorio al que me expulsan desde otro territorio, por lo cual hago un trámite de lugarización a partir del cual se renueva la lógica de la referencia, la lógica de “yo soy yo aquí”. Nadie puede decirse sin el aquí y el ahora. Entonces, lo que buscan estos transeúntes —que siempre caminan y siempre duermen donde nosotros caminamos—, que duermen, comen, hacen sus necesidades, todo esto junto, es una demanda de subjetividad que se pone en juego en la ocupación de este territorio al pie de un lugar, ¿no? Como al pie del cañón: por fuera de la intemperie, esto me refugia.

A pesar de que la gente lo ve de otro modo, es el límite que aún no es el límite: es el límite de estar fuera de la sociedad. La cárcel es el límite de estar fuera de la sociedad; el asilo es el límite de estar fuera de la sociedad; el lugar para los locos, para los pacientes psiquiatrizados, es así. Pero, por otro lado, como decíamos, la calle es a la vez territorio, lugar y espacio, en el sentido de que es un lugar donde se inscriben el vivir, el sufrir, el festejar, el trabajar y el olvidar. Los que están en la Ciudad de la Calle no están “tirados”: viven en la calle, experimentan la calle, experimentan la calle y, por lo tanto, en la calle se sufre, perdura y se ríe. Porque no hay nada más precario que poder perder la vida: que te atropelle un

auto, que alguien te robe y te pegue de más, que alguien quiera tomarte para la trata de personas. Y entonces la lógica de la intemperie tiene ese límite; por eso es el borde, pero por eso también es mi identidad. Por eso, la persona en situación de calle es un yo que busca lugares seguros, lo que se busca es refugio.

Entonces, lo que tratamos de decir en esta última parte es sencillo: el dolor social, el sufrimiento y la pena se viven en la calle. La ausencia, la lejanía, la soledad son una ecología emocional fuerte de la vivencia de la calle. Pero también se está ahí porque se toma, se bebe y se “ingieren otras cosas”; porque se está de fiesta, porque se encuentran cortas pero salidas de los muros mentales, porque alguien puede comprar vino y vivir la calle como salón de fiesta. Entonces, la calle también es una forma de trabajo, es una forma de sobrevivencia, es un trabajo. Estar en la calle es trabajar todo el día de “estar en la calle”.

Si hay algo que no es alguien que está en la calle, es un vago. Está haciendo muchas cosas permanentemente para poder estar en la calle de ese modo, que no está dentro de nuestras sensibilidades, que no está dentro de la política de economía moral de un progresista, que no está dentro de la economía política de la moral burguesa o conservadora. Pero está: eso es; así se vive. Se trabaja, primero, en el doble sentido de estar ocupado —porque si no, ¿cómo pasan las horas?— y, en el otro sentido, de conseguir plata para poder seguir viviendo. Por lo tanto, se trabaja; no se tiene empleo —en la calle, generalmente, no se tiene empleo—, pero hay muchos que tienen “trabajitos”. Más allá de eso, que es otra vertiente de lo que vamos a poder trabajar en este proyecto, trabajar y tener empleo es algo “normal” para las personas en situación de calle. También la calle, como territorio, como lugar y como espacio, generalmente sirve para olvidar como un acto político, porque lo primero que uno pierde en la calle es la conexión con el recuerdo —o eso se busca—.

Por lo tanto, en este sentido hay una ecología del exceso, de la fiesta como destrucción del valor de cambio de los objetos, del encontrarse como posibilidad de reemplazo de la comunidad de origen. Y, por lo tanto, hay una ecología emocional que tiene que ver con lo opuesto al sufrir, pero también con la ecología emocional del trabajar para sobrevivir, y con el olvidar como mecanismo político de cortar con lo anterior.

Es en este lugar, entre el trabajo y el olvido, que la calle se presenta como escuela. Es un taller de oficios y también es un escenario. En la calle se aprende a buscar; si hay algo que puede observarse en la situación de calle, es que son buscadores de recursos, buscadores permanentes de recursos conectados con lo que describimos como “trabajo”. Pero también se aprenden nuevos códigos, nuevas maneras de estar en el mundo, nuevas maneras de resolver las relaciones con los otros; se aprende una nueva manera

de relacionarse con las autoridades, con los pares y con los de arriba, con los dueños, con los “verdaderos” —comillas, comillas— vecinos.

Es una escuela donde hay que aprender de nuevo: a hablar, a dirigirse al otro, a escuchar, a evitar, a alejarse; hay que aprender eso. Pero también es un taller de oficios: hay que saber hacer un asalto en medio de la calle, en algún parque; hay que saber bañarse en un lugar que no está hecho para eso; hay que saber pedir. Pedir es un dispositivo, es una práctica del sentir que se aprende. Por eso es una escuela, pero también un taller porque se hace como un oficio. Tal vez pedir es parte del antiguo trabajo de estar en la calle, Y no hay que confundir esto con la minería urbana que se hace a partir de la basura y que tiene que ver, por un lado, con los mineros urbanos y, por otro, con los clasificadores de basura, con lo que hemos dado en llamar muchas veces cirujas o recolectores de basura.

Eso es otra cosa, porque también tiene sus explicaciones; es otra modalidad de estar en la calle, pero para ellos también es un taller, es un oficio: hay que saberlo hacer. Oficio significa tener la capacidad de resolver un problema particular que otro no sabe hacer. Pero también, y en este sentido, la calle se transforma en escenario, en un lugar donde “hace de cuenta”, y donde existe una fuente muy plural y muy grande de scripts, de guiones, para que el otro entienda que yo soy un buen “estar en la calle”: que no soy malo, que no robo, que no me drogo y, por lo tanto, que este escenario es una representación de la estrategia de sobrevivencia.

Pero, más allá de eso, también hay una conexión con lo que es permitido y aceptado en el mundo capitalista: la asociación entre la calle y la vagancia, la idea de no estar productivo. Entonces, el escenario, la escenificación, la dramaturgia del estar en la calle tiene que ver con esta especie de aceptación–huida de la productividad que esta gente tiene.

Ahí aparece un proceso muy interesante: en la calle se aprende sobre el mundo, sobre los seres humanos y sobre la institución. Por eso, cuando uno mira la calle, cuando trata de entenderla o de escucharla, tiene que comprender que está viendo una forma de vida. Esa forma de vida implica nuevas políticas de sensibilidades, nuevas ecologías emocionales y estructuras que se interiorizan, se hacen carne, se hacen cuerpo y también se estructuran.

La persona en situación de calle entiende rápidamente que al interpretar el mundo, se conoce cómo transformarlo. Es decir, estoy solo, a la intemperie, sin ninguno de los elementos que los seres humanos usan hoy para refugiarse, y aun así convierto eso en un refugio. A la carencia, a la falta y a la precariedad las transformo en un lugar donde habitar.

Entonces, la calle no es un objeto: es más que un objeto. Por eso, es posible decir que aquí hay una disputa, un elemento de disputa por la plusvalía ideológica de quienes están en situación de calle. Es

un acceso de asignación de valor que se toma y que debe ser pensado críticamente, epistemológicamente y metodológicamente, para poder comprenderlo.

El que está en la calle recibe, por parte de quienes lo miran, lo huelen, lo clasifican y lo taxonomizan, una especie de discriminación sistemática, un apartheid. Pero ese apartheid es normal, está normativizado, naturalizado y desapercibido.

La mirada dirigida a la gente en situación de calle inspira mucho miedo. La gente se aleja, se cambia de vereda, y así la calle se transforma, para unos, en refugio, y para otros, en un momento de conflicto. Para comprender esta situación —como una de las consecuencias más naturalizadas del capitalismo, del tanatoscapitalismo, del capitalismo que mata— hay que observar esta sensación de amenaza, esta percepción de amenaza que las personas tienen frente a la situación de calle, porque la calle es todo esto que acabamos de sentipensar.

Esta es la clave: la clave de nuestro proyecto es, en todo caso, ver la espesura de las existencias de las pobrezas en las situaciones de calle, siempre en plural. Un mundo donde, para algunos, la calle se convierte en amenaza; para otros, en objeto de altruismo, caridad, beneficencia o compasión; y para otros, en un refugio que es territorio, lugar y espacio.

Bibliografía

Hubbard, P. & Lyon, D. (2018). Introduction: Streetlife – the shifting sociologies of the street. *The Sociological Review*, 66(5), 937-951.

Giddens, A. (1984). *The Constitution of Society. Outline of the Theory of Structuration*. University of California Press, Berkeley.

Entre el abandono y la exclusión: organización, violencia y situación de calle desde la ciudad de Buenos Aires

María Ailén Carrizo

UBA, Estudiante de Sociología. Email: mcarrizo@sociales.uba.ar

Resumen:

Este trabajo se desprende de un proyecto de investigación más amplio sobre pobreza, emociones y mundo digital: políticas de las sensibilidades en CABA (2024-2026). En este marco, el estudio se centra en comprender las formas de organización, resistencia y producción de comunidad que se despliegan en la vida cotidiana de personas en “situación de calle” en CABA, en un contexto atravesado por la digitalización. La investigación siguió un enfoque cualitativo, con entrevistas a actores sociales vinculados a comedores populares, transfeministas, organizaciones religiosas y voluntariados barriales, analizadas desde la sociología de los cuerpos y emociones. El cruce entre bibliografía y análisis permitió delinear seis dimensiones que dan cuenta de la complejidad de habitar la calle en los márgenes: (1) la calle como espacio de marginación estructural; (1.2) lazos comunitarios y resignificaciones colectivas; (2) lógicas de vida y corporalidades; (3) la violencia institucional y la necropolítica urbana; (4) la calle como ‘fábrica de la resignación subjetiva’; (5) exclusión digital como frontera contemporánea; y (6) la calle como espacio político. Las conclusiones muestran que la ‘situación de calle’ constituye una forma radical de exclusión urbana, un territorio político y de sensibilidades donde se disputan sentidos, derechos y modos alternativos de ver la ciudad.

Palabras clave: situación de calle - exclusión urbana - cuerpos y emociones – digitalización - derecho a la ciudad

Introducción:

En el contexto urbano contemporáneo, “la situación de calle”¹ constituye una de las expresiones más visibles de la desigualdad estructural. Lejos de constituir una problemática individual, esta condición expresa una lógica persistente de exclusión que atraviesa las dimensiones económicas, institucionales y simbólicas de las ciudades. Como advierten Duhau y Schteingart (1997), las respuestas históricas a las carencias habitacionales se articularon en torno a la autoconstrucción en asentamientos informales. Sin embargo, lo que antes podía leerse como una estrategia de integración periférica, hoy se ha transformado en una situación de expulsión radical. La calle ya no representa el borde del sistema, sino su límite más drástico: el lugar donde se encarna la imposibilidad de ser absorbido por el mercado y de ser reconocido por el Estado. En este sentido, la “situación de calle” no es sino el resultado de múltiples fallas sistémicas, expresadas en la precarización del empleo, la ausencia de políticas habitacionales integrales, la violencia institucional y los procesos de exclusión económica (Cervio, 2015; Duhau & Schteingart, 1997).

En esta línea, resulta clave el aporte de De Sena (2020), quien señala que las políticas sociales contemporáneas operan más como mecanismos de intervención de la pobreza que como dispositivos de inclusión, administrando cuerpos y afectos sin intervenir sobre las causas estructurales de la exclusión. De este modo, las personas en situación de calle no solo quedan fuera del mercado y de los vínculos de pertenencia social, sino que tampoco son reconocidas como sujetos plenos de las políticas públicas: son, en muchos casos, vidas no administradas ni incorporadas siquiera a los registros institucionales de intervención. Esta desvinculación evidencia una fractura profunda entre ciudadanía y marginalidad, donde el acceso a derechos no está garantizado ni siquiera en su dimensión más básica: el derecho a tener un lugar en la ciudad.

El panorama estadístico actual refuerza la necesidad de abordar este fenómeno. Según datos del INDEC (2024), al segundo semestre de 2024, indican que el 28,6 % de los hogares del país se encontraban por debajo de la línea de pobreza, lo que representa el 38,1 % de la población (INDEC, 2024). Mientras que, el tercer censo popular de personas en situación de calle de CABA, registró que 4049 personas se encuentran viviendo en las calles porteñas según el censo de noviembre 2024 publicado en 2025 (IDECBA, 2025). Estas cifras permiten dimensionar la precariedad estructural atraviesa amplios sectores sociales, entre ellos, quienes han sido directamente empujados a la vida en la calle.

¹ Se utilizará la expresión “situación de calle” entre comillas a lo largo del presente trabajo. Esta elección obedece a la consideración de que la vida y el dormir en el espacio público trasciende una mera situación momentánea ligada a la falta de un hogar; y que representa, en cambio, una condición estructural que conduce a individuos a habitar en lugares públicos como alternativa frente a la precariedad. A pesar de esta conceptualización, se mantiene la denominación 'situación de calle' por su arraigo y amplio reconocimiento en el léxico popular y académico.

En este escenario, el presente trabajo se inscribe dentro de una investigación más amplia cuyo objetivo general es comprender el lugar de lo digital en el establecimiento de determinadas políticas de las sensibilidades que organizan la vida de las personas en situación de pobreza en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires durante el periodo 2024-2026. Particularmente, se busca indagar la interacción mutua entre pobreza, emociones y mundo digital, reconstruyendo cómo los procesos de digitalización impactan en la constitución y disposición de los cuerpos, y en la configuración de una economía política de la moral.

En este marco general, esta pre-investigación se hizo con el objetivo de acercarse a observar la problemática de la “situación de calle” y comprender más a fondo ¿qué es la calle? Por lo que, la investigación se focalizará en comprender las formas de organización, resistencia y producción de comunidad que se despliegan en la vida cotidiana de personas en “situación de calle” en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, desde un contexto atravesado por la digitalización.

Para ello, se analiza un corpus de entrevistas realizadas por el conjunto del equipo de investigación, a actores involucrados en la asistencia social y comunitaria —tales como comedores populares, organizaciones religiosas, espacios transfeministas y voluntariados barriales— con el fin de recuperar las voces de quienes acompañan o protagonizan estas experiencias de "vivir/dormir" en las calles, o en los márgenes de la sociedad. Se busca así visibilizar las prácticas colectivas que resisten a la deshumanización urbana y recuperar las voces de quienes acompañan o protagonizan experiencias de ‘habitar’ la calle o de vivir en sus márgenes, desde una perspectiva sociológica, en el marco de la sociología de los cuerpos y las emociones.

En este sentido, la calle es entendida como un territorio socialmente producido, dinámico y complejo, donde las prácticas cotidianas, las relaciones sociales y los significados construidos otorgan densidad a la vida urbana. Según Lefebvre (1968), pese a su aparente caos, la calle es un territorio socialmente producido que combina dimensiones físicas, simbólicas y recreativas. Más allá de su uso como espacio urbano, constituye un escenario de interacción social espontánea, donde se manifiestan relaciones cotidianas y significados culturales. Los testimonios analizados permiten identificar múltiples dimensiones interrelacionadas que configuran a la calle.

Este análisis se estructura en torno a seis dimensiones clave que permiten abordar la complejidad del fenómeno. En primer lugar, se indaga la calle como espacio de marginación estructural, pero a su vez rodeados por lazos comunitarios con las organizaciones de base y barriales que amortiguan la situación de precariedad. Para luego explorar las lógicas de vida que se organizan en ella como estrategias de supervivencia y orden interno. A continuación, se examina el rol de la violencia institucional. De manera

que podamos observar cómo esta violencia y experiencia en la calle impacta en la dimensión subjetiva de quienes habitan el espacio público, configurando lo que se ha denominado una “fábrica de resignación”. Se analiza también la exclusión digital como nueva frontera de desigualdad urbana, y finalmente, se recupera la calle como territorio político, donde se despliegan prácticas de resistencia, cuidado y disputa por el derecho a la ciudad. A través de estos ejes, se busca visibilizar no solo los efectos de la exclusión, sino también las formas comunitarias que se producen en el margen, sosteniendo la vida frente a la desposesión.

1. La calle como espacio de exclusión y producción de sentidos colectivos

1.1. La calle como espacio de marginación estructural

La calle, entendida como espacio habitado, no debe interpretarse únicamente como la ausencia de techo, sino como el resultado material y simbólico de procesos de exclusión urbana. Esta exclusión, vinculada a la incapacidad estatal de garantizar derechos, empuja a los sectores más vulnerados hacia los márgenes del orden social.

Wacquant (2010) conceptualiza esta condición como "marginalidad avanzada", caracterizada por la concentración espacial de la pobreza, el debilitamiento de los lazos institucionales y la exclusión de los individuos de los circuitos formales de ciudadanía. En sintonía Bauman (2004), advierte que la globalización produce sistemáticamente lo que denomina “residuos humanos”: sujetos considerados superpoblación redundante, privados de empleo, vivienda y visibilidad política, como subproductos de una racionalidad moderna que depura, optimiza y excluye aquello que no resulta funcional al mercado. La existencia de estas vidas desafía el mito de la inclusión, evidenciando los límites de las políticas públicas frente a la marginalidad urbana.

Los testimonios recolectados en el trabajo de campo reflejan esta vivencia cotidiana. La calle no sólo materializa la exclusión social, sino que también pone en evidencia los límites de la intervención estatal. Así lo expresa una de las entrevistadas: "Es muy frustrante trabajar con gente en situación de calle (...) porque las políticas públicas no acompañan" (Entrevista 25, 2025). Esta declaración condensa no sólo la insuficiencia del Estado, sino también la vivencia de abandono, desamparo y frustración frente a dispositivos fragmentados o inexistentes.

A partir de la noción de vulnerabilidad propuesta por De Sena (2020) es posible ampliar la comprensión de esta situación más allá de la pobreza económica. La autora sostiene que la vulnerabilidad remite no sólo al acceso desigual de bienes materiales, sino también a formas de inscripción diferencial

en el campo social que afectan la posibilidad de establecer vínculos, recibir reconocimiento y ejercer dignidad. En este marco, la vida en la calle se convierte en una manifestación de una arquitectura institucional que, más que proteger, desaloja y produce cuerpos vulnerables mediante la inacción del Estado. En esta línea, Sassen (2015) subraya que las ciudades en el capitalismo contemporáneo también producen expulsión. La calle, como espacio último de residencia, revela esta dimensión: no se trata simplemente de la falta de vivienda, sino de la privación del derecho a ocupar un lugar legítimo en la ciudad.

Dentro de este complejo entramado que es la experiencia urbana, Duhau y Giglia (2008) sostienen que la relación de los sujetos con la metrópoli está fuertemente mediada por el tipo de hábitat en el que residen, ya que desde allí se configuran sus posibilidades de vínculo con el resto del territorio. Pero ¿Qué ocurre cuando no hay un espacio estable que permita ese habitar? En contextos marcados por la expulsión constante, donde la residencia es transitoria y precaria, el habitar —entendido como apropiación simbólica y material del espacio en términos de los autores— se ve imposibilitado. La experiencia metropolitana se transforma así en una trayectoria errante, marcada por desalojos, desplazamientos forzados y una búsqueda permanente de lugar. Esto da cuenta de una lógica de desposesión estructural, donde el espacio no es neutro, sino que reproduce relaciones jerárquicas de poder: entre quien ordena y ejecuta el desalojo, y quien es obligado a moverse. Duhau y Giglia (2008) proponen “leer el espacio” para comprender estas tramas de exclusión y violencia solapada, destacando que la segregación socioespacial opera de forma más sutil y discriminatoria de lo que suele percibirse. Incluso, las propias representaciones espaciales configuran “mapas” —tanto reales como imaginarios— que expresan las distintas formas de habitar, o de ser excluido del habitar, en la ciudad contemporánea.

1.2. La calle como espacio de lazos comunitarios y resignificación colectiva

Pese a ser escenario de exclusión y marginación, la calle también habilita espacios donde emergen formas incipientes de comunidad, reconocimiento y afecto. Incluso en condiciones de extrema precariedad, los márgenes urbanos generan lazos que sostienen la vida cotidiana entre quienes los habitan. Los testimonios dan cuenta de cómo el encuentro con otros —en comedores, “ranchadas” o espacios autogestionados— constituye una estrategia de resistencia subjetiva y colectiva.

En la entrevista realizada a uno de los comedores, por ejemplo, se destaca la resignificación de la plaza, como espacio público de contención “Acá llegás y no te conocen y te saludan y te dan un abrazo. Eso es magia. Eso es maravilla. Ese es el ser humano.” (Entrevista 24, 2025) Esto convierte lo

comunitario-popular en una forma de hacer política desde lo cotidiano, una forma de resistir frente a la fragmentación impuesta por la desigualdad estructural y el neoliberalismo (Gutiérrez Aguilar, 2017).

Gutiérrez Aguilar (2017) conceptualiza estas experiencias como formas de política cotidiana, en las que el cuidado, la escucha y la organización barrial construyen una comunidad popular que sostiene la dignidad donde el Estado se retira. A través de prácticas como las ollas populares, las redes solidarias o el acompañamiento terapéutico, los márgenes se transforman en lugares de humanidad. En este sentido, estos espacios proponen una reconceptualización de lo que implica 'habitar' en la calle, entendida no solo como un espacio que, pese a su dureza, posibilita la construcción de lazos sociales significativos, formas de organización solidaria y comunitaria que ofrecen, sin embargo, un tipo de contención paliativa frente a la reiterada exclusión simbólica y material.

Estas dinámicas también habilitan la conformación de nuevos vínculos afectivos. Quienes se integran por primera vez a estos espacios, como comedores comunitarios, atraviesan una fase inicial de observación antes de integrarse gradualmente en una "microcomunidad"; "Al principio te das cuenta cuando son nuevos, porque se quedan ahí viendo...hasta que agarran confianza" (Entrevista 10, 2025). De manera que configura en lo cotidiano políticas de atención integral que trasciende la mera asistencia alimentaria: "No ayudamos solo con comida. Nos interesa quiénes son, cómo están, qué necesitan", (Entrevista 24, 2025) y también moviliza formas organizativas más amplias: "Si pudimos organizar un festival podemos organizar una olla" (Entrevista 9, 2024)

Estas formas de organización comunitaria son modos de habitar la ciudad que resignifican el espacio público desde la cooperación. En ellas se manifiestan nuevas formas de subjetividad urbana, en las que la dignidad se reconstruye a través del vínculo con otros. Así, los mismos territorios marcados por la exclusión devienen escenarios de resistencia, creación simbólica y reapropiación del derecho a existir.

2. Lógicas de vida y corporalidades de la vida en la calle

Desde una perspectiva arraigada en la experiencia de quienes transitan las calles en búsqueda de soluciones y los espacios públicos como refugio, emerge la noción de "supervivencia" frente a la vida en la calle, como categoría analítica. Más que una reacción instintiva ante la amenaza constante, la supervivencia configura una cotidianidad posible, construida mediante la marcación territorial, el establecimiento de vínculos, el desarrollo de rutinas y la resistencia activa frente a la deshumanización urbana (Vega Solís, 2025). Además, supone estrategias de adaptación, apropiación espacial y construcción de relaciones afectivas, conformando una lógica de vida con rutinas específicas, códigos de conducta,

jerarquías internas —como la figura del "alfa" en las "ranchadas"— y circuitos de acceso a recursos, articulados con dinámicas de solidaridad y control.

Wacquant (en Barraza, 2009) enfatiza la represión estatal como factor productor de marginalidad, mientras que Duhau y Giglia (2008) señalan las reglas de habitación propias de los sectores excluidos. Estas reglas desafían el discurso hegemónico del desorden, revelando un orden urbano segmentado donde cada hábitat impone sus propias lógicas de uso, percepción y apropiación. El orden desigual que estructura la ciudad responde a procesos históricos, decisiones políticas y dinámicas del mercado inmobiliario, lo que hace que la ciudad no funcione como un espacio homogéneo, sino como una pluralidad de territorios y lógicas que coexisten en tensión. Desde esta perspectiva, los distintos espacios urbanos no ofrecen las mismas oportunidades, servicios ni formas de habitar, si es que es posible hacerlo: algunos facilitan seguridad, pertenencia y movilidad, mientras que otros, como la calle o los bordes urbanos, están marcados por la precariedad, exclusión y estigmatización (Duhau y Giglia, 2008).

En este contexto, la calle adquiere una racionalidad propia, donde las personas configuran su propio orden, definiendo limitadamente sus espacios y vínculos con otras personas en la misma situación, con los mismos miedos y necesidades de organización. En este sentido, la vida en la calle trasciende su función de tránsito para erigirse como una estructura de vida precaria pero inherentemente organizada. Las experiencias relevadas permiten identificar formas estructuradas de convivencia que responden a lógicas adaptativas. La formación de grupos con roles definidos, como se observa en la Entrevista 9 (2024), da cuenta de esta organización: "...Arman un grupo donde hay un alfa, que es el que maneja a todos los pibes. Les explica dónde comer, dónde ir a bañarse". Esta figura del "alfa" refleja la existencia de liderazgos informales que orientan la supervivencia cotidiana en un contexto hostil. Este sistema paralelo implica estrategias colectivas para satisfacer necesidades básicas y afrontar los desafíos de la hostilidad urbana.

Otras formas de organización surgen desde la dimensión afectiva, como se observa en la Entrevista 11 (2025): "Hay un grupo de chabones grandes, de 60 o 70, que están juntos pero no parecen vivir como grupo; más bien se encuentran para no estar solos". Aquí, el encuentro cotidiano no responde a una estructura jerárquica, sino al acompañamiento emocional como forma de resistencia al aislamiento. A su vez, emergen formas colectivas autogestionadas de organización desde y para la calle que responden a las condiciones del territorio como la desarrollada por una agrupación de mujeres y disidencias con perspectiva transfeminista de la Entrevista 8 (2025): "La idea de la organización es que militan juntas, compañeras que no estuvimos en calle y compañeras que sí. Y las compañeras que sí son parte de los espacios, son responsables de los espacios, militan a la par". Esta militancia compartida también implica estrategias específicas de cuidado y seguridad, como dormir en grupo o permanecer despiertas durante la

noche: "Muchas de las compañeras que están ahora en calle no duermen a la noche. La estrategia es estar despierta en la calle. (...) Después duermen acá, en el espacio".

Asimismo, el acceso a recursos básicos se estructura a partir de circuitos de circulación colectiva. Una entrevistada menciona que las personas en "situación de calle": "...Tienen el fixture total de dónde se da cada día qué comida y dónde" (Entrevista 26, 2025). Lejos de una lógica de dependencia pasiva, estas dinámicas revelan un conocimiento territorial compartido que guía la gestión cotidiana de la supervivencia.

Estas prácticas cotidianas permiten pensar la calle cómo un espacio donde se despliega una lógica propia de vivir/habitar. Como sostienen Scribano y De Sena (2016), incluso en contextos de pobreza extrema, las prácticas sociales —alimentarse, compartir un territorio, cuidarse mutuamente— son modos de generar sentido, pertenencia y afecto. En ese marco, las rutinas callejeras articulan saberes compartidos, vínculos afectivos y estrategias colectivas que sostienen la vida frente al despojo institucional. La racionalidad emergente del "habitar callejero", entonces, no es una excepción marginal sino una forma legítima —aunque precaria— de organización urbana, que desafía los límites normativos del orden dominante.

En esta línea, el hambre se revela como experiencia corporal y emocional: dolor y ansiedad, pero también moviliza emociones colectivas como la compasión o resignación (Scribano, 2012). Desde esta perspectiva, los espacios de asistencia comunitaria no se limitan a proveer únicamente alimento y refugio, sino también son lugares donde se regulan sensibilidades y se produce una "economía moral" que organiza lo soportable en la vida cotidiana. La alimentación colectiva, en consecuencia, opera como un dispositivo ambivalente: sostiene la vida y genera vínculos, pero también naturaliza un orden social donde la desigualdad se vuelve tolerable.

En este punto, la ayuda solidaria, aparece como dispositivo ambivalente y, a la vez, como un mecanismo de soportabilidad. Según Scribano (2012) puede operar como un "fantasma y fantasía social": sostiene la vida bajo la imagen de la caridad, pero al mismo tiempo encubre la violencia de la expulsión urbana y regula la tolerancia social a la desigualdad. La romantización del altruismo corre así el riesgo de invisibilizar la dimensión política de la exclusión, reduciendo a las personas a cuerpos asistidos más que a ciudadanos con derechos.

Estas experiencias cotidianas, como se ha dicho anteriormente, se inscriben profundamente en los cuerpos. En el ejemplo del hambre, se despliegan tensiones entre el cuerpo individual (plano biológico), el cuerpo subjetivo (la autorreflexividad del yo) y el cuerpo social (el impacto en la presentación social del sujeto). Entender el hambre desde la experiencia nodal estructuradora de

emociones y sensibilidades implica reconocer como deja marcas en estos tres planos y en los lugares y momentos donde dichas vivencias quedan grabadas en el cuerpo, configurándose también como un problema social y geopolítico (Scribano et al., 2011). Vivir en la calle implica regular de manera constante estas sensaciones corporales y alimentarse en condiciones precarias, muchas veces sin nutrientes reales, solo con el fin de saciar el estómago. Incluso los paradores terminan funcionando como dispositivos de control, donde los cuerpos se amontonan en la noche, regulando tanto la experiencia como la materialidad de esos cuerpos.

3. La calle como territorio de violencia institucional y necropolítica urbana

Sostener la vida en la calle implica enfrentarse cotidianamente a un entramado institucional que reproduce la exclusión bajo lógicas punitivas, disciplinarias y, muchas veces violentas. Las personas en esta situación no son solo desprotegidas por el Estado; son frecuentemente perseguidas, desalojadas o violentadas por sus formas de estar en el espacio urbano. En este escenario, el Estado deja de operar como garante de derechos y aparece como un aparato contradictorio que oscila entre el abandono y la represión. Esta experiencia se vincula con la noción de “necropolítica” propuesta por Mbembe (2019), quien plantea con este concepto como el poder soberano moderno se expresa en la capacidad de decidir quién vive, quién muere y bajo qué condiciones de vida. Como señala Butler (2009), se trata de vidas que no son reconocidas como dignas de duelo ni como sujetos de derechos o vidas que importan.

Los testimonios recogidos reflejan esta percepción extendida de hostilidad institucional. La policía y los agentes de seguridad urbana del Gobierno de la Ciudad son figuras asociadas al desalojo forzoso, el desplazamiento constante y, en algunos casos, a la violencia directa. Como relata una entrevistada: “Lo que me molesta es que en este momento me están moviendo todo el tiempo. No me dejan quedarme en ningún lado...” (Entrevista 9, 2024). Estas vivencias dan cuenta de la imposibilidad de arraigo, es una ciudad que los rechaza una y otra vez.

Los dispositivos estatales que deberían funcionar como refugio y seguridad —como los paradores— son también percibidos con recelo, temor o rechazo. Una entrevistada relata: “Me han dicho que tenés que dormir con las zapatillas atadas al cuello para que no te las roben” (Entrevista 9, 2024). Este panorama se alinea con el "continuum de exclusión-extinción social" (Bialakowsky et al., 2006), que describe cómo las prácticas institucionales contribuyen a la marginalización progresiva, reproduciéndola y profundizándola, impactando severamente a las poblaciones más vulnerables. A menudo, estas personas enfrentan un sistema fragmentado que las deriva de una institución a otra sin ofrecer respuestas integrales,

mientras que las instituciones operan bajo lógicas disciplinarias centradas en el control y la normalización (Bialakowsky et al., 2006).

Wacquant (2010) advierte que este modelo —combinación de servicios sociales debilitados e intensificación del control policial— constituye uno de los pilares de la “marginalidad avanzada”. a calle y los dispositivos estatales se convierten en territorios de vigilancia y castigo más que de cuidado o restitución de derechos. La mayoría de los testimonios que aluden a su interacción con el aparato estatal evidencian cómo este se ha convertido en una fuerza desorganizadora de su precaria estabilidad, instaurando el miedo, el desplazamiento y la violencia como formas cotidianas de su relación con el Estado.

De esta manera, la desconfianza e incluso el miedo hacia la ayuda formal se arraiga como consecuencia de experiencias previas de maltrato institucional, condiciones indignas o expectativas frustradas, una percepción reforzada por testimonios sobre las malas condiciones y la violencia en los paradores. Esto incrementa el sentimiento de impotencia y desesperanza, resquebrajando el entramado social y reflejándose en la pérdida de la solidaridad social y el aumento del individualismo egoísta. La anomia, relacionada con la confianza en las instituciones, es crucial: cuanto más deshonestas y poco creíbles se perciben las instituciones, mayor es el nivel de frustración anómica. Siendo la confianza un elemento nodal para la construcción de sociabilidades, ya que los vínculos interpersonales e institucionales se caracterizan por sostenerse en la confianza/desconfianza a modo de pilares organizadores que posibilitan las relaciones sociales, constituyendo un hilo que enlaza de modo resistente el tejido social y reduce complejidades (De Sena & Dettano, 2021).

La desconfianza, entonces, corroe desde diversas direcciones: desde los agentes de seguridad del Estado hacia las personas en “situación de calle”; desde los transeúntes que los perciben como ocupantes “indeseados” del espacio urbano; y desde las propias personas en situación de calle que se alojan en los espacios que pueden, y que reproducen relaciones de sospecha hacia instituciones, pares y dispositivos de vigilancia. Estos tipos de narrativas contrapuestas revelan tensiones profundas del orden social contemporáneo que habitamos (De Sena & Dettano, 2021).

Profundizando la noción de Mbembe sobre la “necropolítica”, Puar (2017) amplía la categoría para dar cuenta de una dimensión adicional de la violencia institucional. No se trata únicamente de cuerpos que son asesinados por la violencia directa, sino que se los deja morir lentamente, regulados por tecnologías de control, instituciones, discursos securitarios y formas diferenciales en el acceso a derechos. Esta "necropolítica administrada" se manifiesta en la gestión desigual de los cuerpos precarios,

racializados, disidentes o simplemente incómodos para el orden urbano, que sólo son tolerados mientras se mantengan invisibles y son expulsados cuando se hacen visibles.

Las entrevistas muestran cómo el Estado participa activamente del deterioro programado de ciertos cuerpos. Para quienes están cerca de estas dinámicas: "La policía a veces viene porque viene buscando a alguien o viene porque ve algún movimiento raro. Cuando viene... la pasamos mal", y "La policía viene con una mirada totalmente diferente a lo que nosotros venimos planteando (...) La policía viene a disuadir y viene a reprimir. Y nosotros venimos a contener" (Entrevista 24, 2025). En estos dichos se evidencia que el Estado no sólo ignora, sino que interviene activamente para impedir la estabilización precaria de la vida. Puar (2017) permite entender cómo estos cuerpos "callejeros" además de, racializados, disidentes y empobrecidos, son inscritos en una zona de excepción urbana donde el derecho se suspende y la vigilancia se normaliza. En esta zona, el sufrimiento se administra y el deterioro se prolonga como forma de control. Así, la necropolítica urbana no opera por exterminio, sino por agotamiento; no mata, pero desgasta, cansa, desplaza y olvida, regulando quién puede vivir en la ciudad y bajo qué condiciones.

4. La vida en la calle como ‘fábrica de la resignación subjetiva’

Más allá de su impacto físico, la vida en la calle, erosiona profundamente la subjetividad. La exposición en la intemperie, la incertidumbre cotidiana y el constante rechazo del entorno institucional y social, convergen en una descomposición emocional significativa. En este sentido, la calle puede ser conceptualizada como una “fábrica de la resignación”: un espacio donde el deterioro material se acompaña de una lenta internalización del abandono y de la precariedad como norma.

Entonces, la condición de las personas en ‘situación de calle’ debe leerse también desde su dimensión afectiva y simbólica. Cervio (2023), señala que las ciudades configuran una distribución desigual de la sensibilidad: determinan quiénes son vistos, oídos, reconocidos, y quiénes permanecen como cuerpos incómodos o inexistentes. Desde esta óptica, la vida en la calle se configura como un espacio de insensibilidad programada, donde la exclusión se manifiesta desde la percepción misma. Esta lectura permite comprender cómo el sufrimiento también es perceptivo, afectando la forma en que estos cuerpos son incorporados -o negados- por la mirada social.

Las entrevistas revelan consumo problemático, problemas de la salud mental y aislamiento. Desde el ámbito eclesástico, uno de los entrevistados destaca un deterioro creciente en las personas en “situación de calle” y una disminución en la efectividad de las respuestas institucionales. Al respecto, menciona: “...Los que están realmente en calle...están más deteriorados (...) y no están abiertos a ningún tipo de ayuda” (Entrevista 22, 2025). Esto sugiere que son escasos quienes activamente buscan soluciones,

y aún menos quienes logran acceder a asistencia efectiva. En esta compleja realidad, los individuos no solo experimentan la privación de un techo, sino también la ruptura de vínculos, el deterioro de su salud física y mental, la disminución de su autoestima y una alteración fundamental en su percepción sobre su lugar en el mundo, favoreciendo el desarrollo de patologías y mecanismos de defensa adaptativos.

Este sufrimiento social silencioso, desde la perspectiva de Bourdieu (2007), corroe la subjetividad y afecta profundamente a quienes lo padecen, surge del desajuste entre las expectativas impuestas por el orden social y las condiciones reales de vida. Esto es clave para pensar la resignación como forma de adaptación psíquica, internalizando la exclusión y naturalizando la situación: "Hay gente que está completamente resignada, como que ya naturalizó la forma de vivir y se queja de la forma en que uno se quejaría de que vive sobre una avenida y siempre hay mucho ruido." (Entrevista 9, 2024)

Esta resignación, intrínsecamente ligada a la falta de reconocimiento humano que lesiona o anula la subjetividad (Butler, 2009), configura, podría decirse, una suerte de "subjetividades rotas". Las personas "estigmatizadas" —percibidas como incompletas— experimentan un impacto profundo en su identidad, que terminan definiéndose como aquello que la sociedad rechaza (Goffman, 2006). Son sujetos "que nadie llora" (Butler, 2009), invisibilizados como "parias urbanos" (Wacquant, 2010). Los testimonios revelan cómo estas personas experimentan una profunda carga emocional asociada a la privación, la violencia extrema y la soledad, lo que fragmenta sus identidades y genera un sufrimiento invisible.

Entonces, el cuerpo en "situación de calle" se presenta como un cuerpo afectivo silenciado, portador de emociones socialmente no reconocidas: hambre, miedo, soledad, culpa (Scribano et al. 2010). La imposibilidad de hablar o llorar estas emociones también constituye una forma de dolor. Como recuerda otra entrevistada: "Muchos lloran cuando comen. Como si no hubieran llorado en 10 años" (Entrevista 9, 2024), o "...Muchas veces ese plato se convierte en un momento de catarsis, donde te cuentan abusos, violencias o soledad" (Entrevista 11, 2025). Aquí el alimento no es solo nutrición o para calmar el hambre, sino que se transforma en un dispositivo de escucha: permite que el cuerpo, por fin, hable.

Estas condiciones extremas en la calle operan como mecanismos de subjetivación que instalan el abandono como horizonte posible. Goffman (2006) ya advertía que el estigma puede internalizarse hasta convertirse en identidad: los sujetos se ven a sí mismos como aquello que la sociedad rechaza. Y esa identificación es una de las formas más potentes de dominación. La calle, se configura, así como el dispositivo urbano donde se produce, reproduce y naturaliza la pérdida del deseo. No porque quienes la habitan no quieran otra vida, sino porque las condiciones estructurales e institucionales hacen cada vez más difícil imaginarla.

5. Exclusión digital como frontera contemporánea

La digitalización de la vida urbana introdujo nuevas desigualdades que se superponen a las preexistentes. Las personas que están en las calles no sólo están excluidas de bienes y derechos fundamentales como la vivienda, el trabajo o la salud, sino también del acceso a las plataformas digitales que hoy estructuran la relación con el Estado, el mercado y la comunidad. Esta exclusión reviste una importancia crucial, ya que configura una nueva frontera de la marginalidad urbana. La progresiva digitalización de las políticas sociales ha generado, además, nuevas formas de exclusión que afectan especialmente a las personas en "situación de calle", quienes quedan totalmente marginadas de estos sistemas al carecer de un dispositivo móvil o si no cumplen con los requisitos para acceder a una política, situación particularmente acentuada en quienes no tienen un domicilio fijo. Esta "modernización tecnológica" de la intervención estatal, promovida bajo los postulados de eficiencia y accesibilidad, reconfigura profundamente las condiciones de acceso a derechos, reforzando las relaciones de poder, profundizando desigualdades previas, jerarquizaciones y desplazando nuevas capas de marginalidad hacia los bordes de lo digital (Cena, 2024).

Los servicios sociales digitalizados —desde los turnos médicos hasta las asignaciones sociales o subsidios— presupone la tenencia de dispositivos móviles, conectividad, datos móviles, correo electrónico, y una alfabetización tecnológica mínima, condiciones inexistentes en una vida en la calle. Como señalan testimonios recogidos: “Yo no puedo trabajar porque no tengo whatsapp, si yo tuviera (...) Si yo tuviera un teléfono y un whatsapp entonces puedo dejarlo y que me llamen, pero la gente no tiene forma de comunicarse.” (Entrevista 4, 2024). Esta cita pone en evidencia cómo la infraestructura tecnológica, reproduce y profundiza las desigualdades ya existentes.

La relevancia del acceso a internet se extiende de manera crucial al ámbito de la búsqueda de empleo, donde la habilidad para realizar búsquedas laborales en línea y acceder a oportunidades de trabajo remoto se ha convertido en un requisito fundamental. Si bien, frente a esta situación, han surgido iniciativas que intentan paliar esta brecha —tales como la provisión de zonas Wi-Fi gratuitas (ejemplificadas por los puntos de acceso en establecimientos como McDonald's, según la Entrevista 4), el acompañamiento en la realización de trámites digitales, la donación de dispositivos, la asistencia para el uso de teléfonos móviles o el préstamo de los mismos por parte de organizaciones, e incluso la difusión de vacantes laborales y asesoramiento mediante grupos de WhatsApp en organizaciones o comedores (como se ilustra en la Entrevista 24, 2025) y el apoyo en la elaboración de currículums—, la brecha digital persiste como un obstáculo significativo e ineludible.

Es imperativo reconocer que estas respuestas, si bien fundamentales, no logran revertir el carácter estructural de esta forma de desigualdad. En este contexto, el espacio de la calle se redefine, transformándose en una zona ciega del Estado digitalizado. Dejó de ser solo un territorio sin techo para convertirse en un espacio sin señal, sin internet, sin sistema. Se configura así una ciudadanía digital fragmentada, que no solo impide el acceso efectivo a la tecnología, sino que también anula la percepción de que dicho acceso es siquiera posible.

Estos dichos se alinean con Sassen (2015) sobre los mecanismos sistemáticos de expulsión. La exclusión digital es una de esas formas de expulsión silenciosa: margina a quienes no pueden "ser leídos" por los sistemas que distribuyen recursos, oportunidades o derechos, y los confina incluso a la transmisión oral de información sobre espacios de asistencia al carecer de acceso a redes. Asimismo, De Sena (2024) plantea que las plataformas estatales, a su vez, generan un paisaje emocional estructurado por la ansiedad, la incertidumbre y la expectativa frustrada, fenómeno que se intensifica en contextos de vulnerabilidad estructural donde lo digital se experimenta como un lenguaje excluyente o un espacio de frustración. Cervio (2023), desde una perspectiva de sensibilidades urbanas, observa que la exclusión se construye en el plano perceptivo y simbólico. En el contexto digital aquellos cuerpos que no figuran en bases de datos, carecen de geolocalización o registro, no son objeto de algoritmos de atención institucional ni de políticas focalizadas.

Manuel Castells (2000) ya advertía que, en la "sociedad red", la inclusión social está intrínsecamente vinculada a la capacidad de conexión, y los flujos de información y poder en que se estructura la vida contemporánea. Las redes digitales trascienden su función como meras infraestructuras tecnológicas para convertirse en el espacio definitorio de la existencia social. Y la digitalización de los dispositivos estatales amplifica este margen, operando como una tecnología de clasificación. Aquellos que no logran insertarse en estas tramas digitales desaparecen de las estrategias de intervención estatal, quedando atrapados en una ciudadanía fragmentada.

Esta exclusión afecta tanto al plano comunicacional, como al simbólico y político. La ausencia de conectividad, no solo deniega el acceso a derechos, sino que, niega el reconocimiento como sujeto (Butler, 2009), profundizando la marginalidad ya existente, desplazando aún más a quienes viven en la calle hacia los bordes invisibles de la ciudadanía urbana. La tecnología, en lugar de integrar, puede convertirse en un nuevo dispositivo de separación, administración y olvido.

6. La calle como espacio político: luchas por el derecho a la ciudad

Más allá de su configuración como espacio de despojo, precariedad y sufrimiento, la calle también puede convertirse en un escenario de politización, disputa simbólica y reapropiación del espacio urbano. Para ello, resulta necesario trascender una mirada exclusivamente asistencial sobre la vida en la calle, para reconocer que también allí se libran luchas por el derecho a existir, a ser visto y a transformar colectivamente la ciudad.

Desde la perspectiva de Henri Lefebvre, Harvey (2012) amplía la noción del espacio urbano concebido como una construcción social que refleja y reproduce intrínsecas relaciones de poder. En este marco, el “derecho a la ciudad”, propone entender este derecho como la potestad colectiva de transformar el espacio urbano y las condiciones de vida en esos espacios: "El derecho a la ciudad no es simplemente un derecho de acceso individual a los recursos que la ciudad encierra: es un derecho a cambiar la ciudad según nuestros deseos" (Harvey, 2012:23).

Las múltiples formas de organización comunitaria que emergen entre y para las personas en “situación de calle” —ya sean redes de solidaridad, comedores autogestionados o espacios de contención— pueden interpretarse como expresiones concretas de resistencia política y ética frente a un orden urbano excluyente. Estas experiencias articulan formas de ciudadanía, donde la ocupación del espacio público se convierte en una afirmación de existencia y en una demanda de reconocimiento.

En las entrevistas esta dimensión política se hizo presente en los testimonios. La calle aparece como escenario de lucha, tanto para quienes la habitan cotidianamente y organizan su vida en ella, como para quienes se involucran en su transformación —como se explicita en la entrevista 3 (2024), que conciben la calle como el espacio donde se libran las "grandes batallas" por la justicia social—, trascendiendo su mera función de supervivencia para convertirse en un espacio de visibilidad, resistencia y organización comunitaria frente al “abandono” estatal. Esta articulación entre la resistencia de los habitantes y la acción comunitaria representa una reapropiación del espacio urbano desde los márgenes, encarnando una política alternativa de dignidad, cooperación y cuidado. La afirmación de una entrevistada: "La lucha se da en la calle y si nosotros nos callamos y nos quedamos en casa, esto no va a cambiar..." (Entrevista 3, 2024) subraya esta centralidad política. Similarmente, la "militancia de la vida" (Entrevista 24, 2025) de voluntarios solidarios convierte la ciudad y la calle en objetos de resistencia para construir nuevas formas de vida social (Harvey, 2012)

Desde agrupaciones transfeministas que desarrollan estrategias colectivas de cuidado y militancia en la calle, hasta iglesias y comedores autogestionados que construyen comunidad desde la práctica cotidiana, lo que emerge es una lógica de organización popular que desafía el modelo dominante, una

forma de resistencia política. Cervio (2023) aporta a esta lectura al subrayar que la ciudad se habita también desde la sensibilidad, el cuerpo y la percepción. Aquello que incomoda (como el cuerpo callejero, en este caso, y su presencia persistente en el espacio público o la ocupación nocturna de una plaza) puede ser leído como una forma de interrupción del orden normativo de la ciudad, un gesto político que desestabiliza la normalización del despojo. Asimismo, las prácticas culturales —como ollas populares, festivales, ferias solidarias o performances callejeras— que se organizan en estos territorios funcionan como dispositivos de visibilización y de reapropiación simbólica del espacio urbano.

En suma, la calle no es sólo un síntoma de lo que falla, sino también donde surgen organizaciones populares que intentan integrar lazos sociales frente a la invisibilización y el abandono. Por eso, pensar la calle como categoría política implica reconocerla no solo como lugar de sufrimiento, sino como campo fértil para la emergencia de formas alternativas de lo común, del habitar y del derecho a la ciudad. Vivir en la calle es, al mismo tiempo, el síntoma visible de una sociedad profundamente desigual y el germen de resistencias cotidianas. En estos márgenes, las organizaciones sociales sostienen la dignidad frente al abandono, construyen comunidad frente a la fragmentación, y preservan la memoria donde amenaza el olvido. La calle se vuelve así tanto herida abierta como tejido social en constante recomposición.

Conclusiones

Sostener una vida en la calle en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires no es solo expresión de carencia material, sino síntoma visible de un entramado de expulsiones sistemáticas, desigualdades estructurales, omisiones institucionales y sensibilidades heridas. A lo largo de este trabajo, se ha argumentado que la “situación de calle” no puede reducirse a una falta de techo, sino que constituye una forma radical de exclusión urbana, donde confluyen procesos económicos, políticos, digitales y afectivos que producen ‘cuerpos descartables’.

Desde la conceptualización de la “marginalidad avanzada” (Wacquant, 2010) pasando por la “necropolítica” (Mbembe, 2003; Puar, 2017), hasta las formas de regulación sensorial del cuerpo (Scribano y de Sena, 2016; Cervio, 2023; Scribano et al. 2010) y las lógicas de expulsión física y digital (Sassen, 2015; Castells, 2000), se ha delineado un mapa complejo de violencias —simbólicas, materiales, tecnológicas— que atraviesan a quienes viven o duermen en el espacio público. En este marco, se vuelve necesario interrogar la propia idea de “habitar”, ya que sus vidas se desarrollan en condiciones de movilidad forzada, desposesión y constante desalojo. Lejos de una residencia estable, se trata de una forma de ocupación precaria del espacio, marcada por la informalidad y el desarraigo (Duhau y Giglia, 2008).

Sin embargo, las entrevistas analizadas muestran con fuerza que incluso en los márgenes más extremos, la vida se organiza, los vínculos se tejen, y persisten formas distintas de vida, supervivencias, resistencias y cuidados. La calle no es sinónimo de no-vida. Es, en cambio, escenario de lógicas de vida paralelas, que configuran una racionalidad propia, estructurada por normas internas, liderazgos informales, redes de afecto y circulación de saberes. Vivir en la calle es también buscar orden dentro del desorden, sostener comunidad en contextos de despojo, y habitar —aunque de forma precaria— un espacio que el Estado y la sociedad no reconocen como hogar.

En este sentido, las organizaciones sociales que intervienen en este territorio no son solo reactivas: constituyen respuestas activas y políticas ante la deshumanización urbana. Ranchadas, comedores, festivales y organizaciones populares conforman formas de comunidad nacidas de la necesidad, pero sostenidas por la voluntad colectiva. Así, la calle, aun en su condición de borde, es también trinchera, refugio y lugar de sentido. Aunque, como advierte Scribano (2012), estos espacios solidarios son también ambivalentes: al tiempo que sostienen la vida y generan vínculos de cuidado, funcionan como mecanismos de regulación de sensibilidades. La alimentación compartida y las prácticas altruistas producen una “economía moral” que vuelve tolerable lo intolerable. Bajo la forma de compasión y caridad, operan mecanismos de soportabilidad social que naturalizan la desigualdad y atenúan, en parte, su potencia conflictiva. La romantización del altruismo corre el riesgo de invisibilizar la dimensión política de la exclusión, reduciendo a los sujetos a cuerpos asistidos antes que a ciudadanos con derechos (Scribano, 2012).

La exclusión digital, por su parte, refuerza este entramado de desigualdad. En una ciudad gobernada por plataformas, la desconexión no solo impide el acceso a derechos: constituye una forma contemporánea de muerte cívica. No figurar, no poder acceder a un trámite, no ser reconocido por los algoritmos es también una forma de no existir. Esta dimensión complejiza aún más el problema, demostrando que las formas actuales de exclusión son tanto materiales como tecnológicas, tanto físicas como simbólicas.

Frente a este panorama, la calle aparece también como trinchera y espacio de disputa. Siguiendo a Harvey (2012), allí se ensaya una lucha por el derecho a la ciudad: no solo como acceso al espacio, sino como capacidad de producir sentidos, afectos y formas colectivas de habitar, aunque sea transitorio, encontrar un lugar. En estos márgenes, la asistencia deviene cuidado, la solidaridad se transforma en acción política y el estar juntos se vuelve estrategia de supervivencia y dignidad.

Allí donde el Estado se retira, donde el mercado no llega y donde el algoritmo no ve, florecen formas de vida organizadas, afectivas y resistentes. Interpelar el sistema urbano que habitamos implica

mirar hacia esos márgenes, reconocer lo que allí se produce y preguntarnos, desde nuestro lugar, cómo pensar y actuar frente a esas realidades que persisten en existir, aún frente a la indiferencia. La calle, entonces, es tanto herida abierta como tejido social en recomposición. Es espejo que devuelve las fracturas de un orden urbano que normaliza la desigualdad y, al mismo tiempo, las potencias de una vida que insiste en desplegarse incluso en los márgenes más hostiles. La pregunta es ineludible: ¿qué transformaciones institucionales, políticas y afectivas estamos dispuestos a asumir para que estas vidas dejen de ser desechadas? O, dicho con mayor crudeza: ¿qué hacemos como sociedad con las vidas que insisten?

Bibliografía

- Barraza, P. S (2009). Reseñas. Los condenados de la ciudad. Una reflexión sobre la marginalidad avanzada de Loic Wacquant. Renglones Revista Arbitrada en Ciencias Sociales y Humanidades. N° 60. <https://rei.iteso.mx/server/api/core/bitstreams/ba1d8b2f-4328-4f67-a4f0-73c0ed0c3800/content> (Consulta: 1 de mayo de 2025).
- Bauman, Z. (2004). Residuos de la modernidad. Editorial Paidós. <https://migralt.wordpress.com/wp-content/uploads/2023/08/zygmunt-bauman-vidas-desperdiciadas.pdf>
- Bialakowsky, A. L.; Rosendo, E.; Crudi, R.; Zagami, M.; Reynals, C.; López, A. L.; & Haimovicci, N (2006). La violencia del método institucional en el continuum de exclusión social. Revista Margen. N° 41. Recuperado de <https://www.redalyc.org/pdf/3396/339630248005.pdf>
- Bourdieu, P. (2007). La miseria del mundo. Fondo de Cultura Económica. <https://significanteotro.wordpress.com/wp-content/uploads/2019/06/bourdieu-pierre-la-miseria-del-mundo-fondo-de-cultura-econocc80mica-2007.pdf>
- Butler, J. (2009). Marcos de guerra. Las vidas lloradas. https://ww3.lectulandia.com/book/marcos-de-guerra-las-vidas-lloradas/?utm_source
- Castells M. (2000). La era de la información: Economía, sociedad y cultura. Volumen II: El poder de la identidad. Alianza Editorial. <https://trabajosocialucen.wordpress.com/wp-content/uploads/2012/05/castells-manuel-la-era-de-la-informacic3b3n-el-poder-de-la-identidad-v-ii.pdf>
- Cervio, A. L. (2015). Del “barrio social” a las “ciudades-barrios”. Programas habitacionales y elaboración de sensibilidades en la ciudad de Córdoba (Argentina) durante las décadas del ’80 y ‘2000. *methaodos.Revista De Ciencias Sociales*, 3(2). <https://doi.org/10.17502/m.rcs.v3i2.82>
- _____ (2023). A modo de introducción: Vida cotidiana, experiencias y sensibilidades urbanas. En A. L. Cervio (Ed.) *Experiencias y sensibilidades urbanas: miradas plurales, en perspectiva sociológica*. (pp. 9-25) Estudios Sociológicos Editora.
- De Sena, A., & Dettano, A. (2021). Políticas sociales y emociones: hilos de (des)confianza. *Ciencia Política*, 16(32), pp. 75–104.
- De Sena, A. (Comp.). (2024). *Políticas sociales y emociones en la era digital* (pp. 9–22). GEPSE–CLACSO.

- _____ (2020). Vulnerabilidad y pobreza: perspectivas desde la sociología de las sensibilidades. En A. Scribano & A. De Sena (Comps.), *Cuerpos, sensibilidades y procesos sociales*, (pp. 143–160). CLACSO.
- Dirección General de Estadística y Censos de la Ciudad de Buenos Aires. (2025). Relevamiento de personas en situación de calle. Aspectos metodológicos y resultados. <https://www.estadisticaciudad.gob.ar/eyc/?p=165247> (Consulta: 10 de junio de 2025)
- Duhau, E., & Giglia, A. (2008). *Las reglas del desorden: Habitar la metrópoli*. Siglo Veintiuno Editores y Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM).
- Duhau, E.; & Schteingart, M. (1997). *Ciudades globalizadas: ¿Son las metrópolis espacios de desigualdad?* Universidad Nacional Autónoma de México, Programa Universitario de Estudios sobre la Ciudad (PUEC).
- Goffman, E. (2006). *Estigma: La identidad deteriorada* (Obra original publicada en 1963). <https://sociologiaycultura.wordpress.com/wp-content/uploads/2014/02/goffman-estigma.pdf>
- Gutiérrez Aguilar, R. (2017). “Horizontes comunitario-populares. Producción de lo común más allá de las políticas estado-céntricas”. En *Insubordinación, antagonismo y lucha en América Latina* (Cap. 1). *Traficantes de Sueños*. Recuperado de https://traficantes.net/sites/default/files/pdfs/Horizontes%20comunitario-populares_Traficantes%20de%20Sue%C3%B1os.pdf
- Harvey, D. (2012). *Ciudades rebeldes: del derecho a la ciudad a la revolución urbana*. Akal.
- Instituto Nacional de Estadística y Censos. (2024, marzo). *Incidencia de la pobreza y la indigencia en 31 aglomerados urbanos. Segundo semestre de 2024*. https://www.indec.gob.ar/uploads/informesdeprensa/eph_pobreza_03_252282AE14D2.pdf
- Lefevre, H. (1968). *El derecho a la ciudad* (Obra original publicada en 1968). Prólogo de Mario Graviria. Ediciones península. <https://www.comunicacionyurbanidad.org/wp-content/uploads/2018/03/Lefebvre-El-derecho-a-la-ciudad3.pdf>
- Mbembe, A. (2003). *Necropolítica seguido de Sobre el gobierno privado indirecto*. *Revista de Estudios Culturales*, 1(1), (pp. 117–148) <https://redintegra.org/wp-content/uploads/2019/04/achille-mbembe-necropolitica.pdf>

- Puar, J. K. (2017). Ensamblajes terroristas: homonacionalismo, políticas queer y bio/necropolítica. Madreselva. <https://urbanitasite.files.wordpress.com/2020/04/puar-jasbir-k-ensamblajes-terroristas.pdf>
- Sassen, S. (2015). Expulsiones: brutalidad y complejidad en la economía global. Katz Editores.
- Scribano, A. (2012). Sociología de los cuerpos/emociones: un campo de estudio en expansión. Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad (RELACES), N° 10, Año 4, pp. 92–114. CIES / Universidad Nacional de Córdoba.
- Scribano, A.; Huergo, J & Eynard, M. (2010). El hambre como problema colonial: Fantasías sociales y Regulación de las sensaciones en la Argentina después del 2001. En A. Scribano y E. Boito (Comp.), El purgatorio que no fue. Acciones profanas entre la esperanza y la soportabilidad. (pp. 23–52). Ediciones CICCUS.
- Wacquant, L. (2010). Parias urbanos: Gueto, periferia, Estado. (Caps. 3 y 4). Siglo XXI Editores. https://periferiaactiva.wordpress.com/wp-content/uploads/2015/06/wacquant-l-parias-urbanos_cap3y4.pdf

Abrígame con Confianza y Amor. Un análisis de la conformación de las subjetividades de las personas en situación de calle

Ayelen Tamassi

UBA, Estudiante de Sociología. Email: ayelentamassi@gmail.com

Resumen:

El presente documento es el resultado de una investigación en curso. Enmarcado en el Proyecto de Reconocimiento Institucional, titulado “Pobreza, Emociones y Mundo Digital: Políticas de las sensibilidades en CABA 2024-2026”, dirigido por Adrián Scribano, y desde una mirada sociológica de los Cuerpos/Emociones, el objetivo de este artículo es identificar de qué manera los espacios donde se genera algún tipo de intervención a la gente en situación de calle influyen en la formación y producción de las subjetividades de las personas en situación de calle. Para poder indagar esto realizamos entrevistas semiestructuradas a informantes claves de dichos espacios de CABA. Esto nos permitió conocer de qué manera estas instituciones influyen en la formación de las subjetividades de las personas en situación de calle.

Palabras claves: pobreza – situación de calle – subjetividad – confianza – amor

Introducción

“...porque tengo una frase de cabecera que es, la desnudez de mis hermanos no es para mostrar, es para abrigar y para cubrir” (Entrevista 26).

El capitalismo como lo conocemos hoy se expande creando nuevas estrategias de expulsión, desposesión y expropiación de energías vitales y sociales (Cervio, 2019). Esta dinámica permea las prácticas y las maneras del sentir del mundo de los sujetos, colonizando, como sostiene Mellucci (2016), el planeta interno de cada uno. Las personas en situación de calle, desprovistas de insumos materiales, pero también de herramientas para afrontar dicha colonización, se encuentran expuestas a interacciones cotidianas que se edifican sobre acciones moralizantes sobre qué deben recibir qué no.

La vida cotidiana de las personas en situación de calle se configura como un escenario social en el que se entran relaciones de poder como resultado de la producción social de un espacio que se construye diferencial y desigualmente en función de la vulnerabilidad de los cuerpos. Las fragilidades de esos cuerpos y los vínculos se expresan en las emociones (Bericat, 2015) que se condensan en el cuerpo mostrando la complejidad y la riqueza de las formas de interacción y las distintas relaciones humanas, estableciendo así la imperiosidad de su abordaje para la comprensión de la realidad social.

“Estar en situación de calle” se define como una paradójica forma de inclusión social sostenida desde la marginalización, la ruptura y/o fragilidad de vínculos sociales, laborales y familiares, por las dificultades para cubrir necesidades materiales, simbólicas y afectivas, así como también por la vulneración de derechos sociales, económicos y culturales (Seidmann et al, 2017). Esta realidad está conformada por actores de todo tipo que, aun desconociendo las historias de las personas que se cruzan en la calle, impactan en ellos.

Enmarcado en el Proyecto de Reconocimiento Institucional, titulado “Pobreza, Emociones y Mundo Digital: Políticas de las sensibilidades en CABA 2024-2026”, dirigido por Adrián Scribano, y desde una mirada sociológica de los Cuerpos/Emociones, el objetivo de este artículo es identificar de qué manera los espacios donde se genera algún tipo de intervención a la gente en situación de calle influyen en la formación y producción de las subjetividades de las personas en situación de calle. En este sentido, el artículo tendrá algunas preguntas que lo guiarán: ¿Los comedores e instituciones hacen algo además de dar de comer? ¿Qué prácticas ocurren allí, que hacen a la persona? ¿De qué manera el asistencialismo alimentario influye en la construcción de la subjetividad? A través del análisis de las entrevistas realizadas a coordinadores y voluntarios de espacios que asisten a las personas en situación de calle, intentaremos responderlas, o por lo menos encontrar un hilo conductor en las formaciones de las distintas subjetividades de las personas en situación de calle.

1. Debate teórico

Los comedores fueron mutando de acuerdo con la coyuntura económica y social de cada momento, ampliando y complementando sus programas con asistencias (De Sena et al 2022), desde el mismo Estado o incluso desde la Iglesias.

Según Cervio (2022) los comedores y merenderos nacen de manera espontánea para hacerle frente a las crisis económicas que atravesó el país a lo largo de su historia. Al respecto, De Sena et al (2022) sostienen que dichos espacios se fueron consolidando como una intervención territorializada de la asistencia alimentaria que persiste hasta hoy, aunque con una heterogeneidad que responde a los diferentes niveles de organización, continuidad y regularidad de acuerdo con los actores involucrados que se superponen en cada caso.

En un sentido macro, la situación de calle se inscribe en un capitalismo globalizador (Scribano, 2009) que produce un tipo de sujeto individualizado y que posee prácticas individualizantes en una sociedad que está fragmentada económica y socialmente (Martuccelli, 2007). Así, se entrelazan los mecanismos de exclusión y desigualdad, donde lo estadístico se funde y se mezcla con lo subjetivo, los relatos personales y las biografías de cada persona. Y aquí habría que hacer una aclaración, la formación de las subjetividades se da continuamente en medio de este proceso capitalista; éste no se detiene, sino por el contrario avanza y va permeando los distintos actores de la sociedad.

El capitalismo genera procesos de expulsión, desposesión y expropiación a partir de los cuales acontece la violencia del despojo existencial, entramándose en un conjunto de sensibilidades a partir de las cuales el capitalismo se hace cuerpo (Cervio et al, 2020). De esta manera, el capitalismo moldea cuerpos y subjetividades precarias.

Pensado desde la lógica de las instituciones que brindan algún tipo de asistencia alimentaria, distintos trabajos evidencian el rol fundamental que tienen en la formación de las subjetividades de las personas en situación de calle. Algunos trabajos resaltan la solidaridad y la reciprocidad como elementos que caracterizan a estos espacios que combinan lugares y recursos, tanto públicos como privados. Asimismo, los definen en tanto “comunales”, que por fuera de lógicas mercantiles permiten subsistir a la falta de alimentos (Dinegro Martínez, 2016). En tanto, Sordini (2020) analiza las preparaciones alimentarias de los comedores comunitarios y las estrategias de auto-organización que despliegan para cocinar.

Los distintos autores nombrados son algunos de los cuales tomaremos como referencia para avanzar en nuestro objetivo. Partiendo y entendiendo el contexto en el cual se forman esas subjetividades, buscaremos aclarar las distintas aristas que presenta el artículo, con relación a las definiciones de

“situación de calle”, subjetividades, confianza, autonomía y amor. Se pondrá en juego, además, el análisis de las entrevistas realizadas a las personas que asisten alimentariamente e indagaremos en el rol que tienen en la conformación de las subjetividades.

2. Análisis

El tipo de estrategia teórico-metodológica en el que se basa este trabajo responde a la utilización de entrevistas semiestructuradas realizadas a referentes y coordinadores de distintos espacios que asisten a personas en situación de calle de CABA. Buscamos observar cómo se forman las subjetividades de las personas en situación de calle y de qué manera estas instituciones influyen en ellos. Para ello utilizamos categorías como la confianza/desconfianza, la autonomía y el amor para intentar dar respuesta a nuestras preguntas.

3. La situación de calle, la confianza, la autonomía, el amor y la subjetividad

“Estar en situación de calle” constituye un problema de salud integral y de salud pública, producto de un conjunto de violencias estructurales, institucionales, simbólicas y afectivas, que debe comprenderse en términos de una dinámica exclusión - inclusión. Es decir, se configura como producto de múltiples dimensiones –residenciales, económicas, sociales, vinculares, familiares, psicológicas y de salud física–, convirtiéndose en objeto de políticas públicas.

Tal como sostiene Bachiller (2009), frente a la lógica de la desafiliación que enfatiza en la ruptura de vínculos para pensar los grupos en condición de vulnerabilidad, se pone el acento en los procesos de recomposición de vínculos, tanto materiales como afectivos. La problemática no se reduce a quienes literalmente utilizan el espacio público como lugar para vivir, sino que incluye todo otro conjunto de personas que utilizan la red de espacios que brindan asistencia alimentaria. Las personas en situación de calle constituyen una población de difícil acceso porque los usos que realizan del espacio público para su subsistencia son considerados inadecuados (Di Iorio, 2022). Siguiendo esta lógica, estar en situación de calle se convierte en un atributo desacreditador. Podríamos preguntarnos de qué manera ese atributo desacreditador influye en la formación de las subjetividades

Por otro lado, la subjetividad es el resultado de la narrativa de la propia historia personal, aunque nunca definitiva ni estática, siempre está en un devenir constante. La subjetividad es lo que permite que sea posible la singularidad y la diferencia (Urresti, 2008).

Al respecto Cornelius Castoriadis (2005), sostiene que la subjetividad es la capacidad de acoger el sentido, de hacer algo con él y de crear sentido, de hacer que surja un sentido nuevo y diferente.

Siguiendo Scribano (2007) podemos decir que entendemos al cuerpo, portador de esa subjetividad, como cuerpo individuo, cuerpo subjetivo y cuerpo social. El cuerpo individual, hace referencia al organismo biológico, articulado con el medio ambiente; la dimensión subjetiva se encuentra en el sentido del “yo”, que construye una experiencia propia como biografía; y el cuerpo social incorpora los aprendizajes, prácticas y hábitos que constituyen la subjetividad a partir de lo social hecho cuerpo (Scribano, 2007).

Giddens también hace referencia a esto, sosteniendo que cuerpo e identidad están comprometidos a lo largo de una biografía que se construye en el tiempo (o en las temporalidades) y en el espacio (Vergara, 2008a).

Estar en situación de calle no es un estado o una cosa, sino una relación social, donde lo efímero se convierte en constante, emergiendo una forma de padecimiento social relacionada con expresiones de inequidad e injusticia social, configurándose identidades estigmatizadas (Di Iorio et al. 2017). Esto los hace poseedores de atributos socialmente desacreditadores, dando lugar a procesos de estigmatización (Goffman, 2003).

Esta relación social entre las personas en situación de calle y quienes no están en esa situación, provoca una profundización de la distancia social entre estos grupos sociales y el resto de la sociedad dando lugar a que sean vistos como socialmente amenazantes, culturalmente estigmatizados y económicamente marginales. Pensamos al olor como un clasificador moral de lo que está bien y mal, limpio y sucio, funcionando como una repulsión aisladora (Cervio, 2015).

De esta manera, la calle constituye un espacio de vivencia, supervivencia y resistencia en un continuo proceso de posesión/desposesión material, simbólico y afectivo (Di Iorio et al, 2020). Además del déficit de la vivienda y del trabajo, se acumulan otro conjunto de vulnerabilidades psicosociales entre las que se incluyen el debilitamiento de la red socio-familiar de apoyo, el aislamiento social, los padecimientos físicos y de salud mental, la exposición a diversas violencias, así como también las dificultades en el acceso a los derechos sociales, culturales y políticos (Boy, 2012; Pallares, 2012; Seidmann et al 2009 en Di Iorio, 2019).

Butler (2006), lejos de considerar a la vulnerabilidad como un estado subjetivo de debilidad, la define como un aspecto de nuestras compartidas vidas interdependientes,

nunca somos simplemente vulnerables, sino que somos vulnerables a una situación, una persona, una estructura social, algo en lo que confiamos y en relación con lo que quedamos expuestos (...)

uno es vulnerable a la estructura social de la que depende así que, si la estructura fracasa, uno queda expuesto a una situación precaria. (Butler, 2020: 62).

La dimensión social de las relaciones intersubjetivas es constitutiva del modo en que se configura la situación de calle como problema complejo. En este sentido, indagar sobre el apoyo social percibido se traduce en posibilidades de comprensión y de diseño de propuestas de acompañamiento (Vergara, 2019). Se trata de reconstruir vínculos sociales dañados y/o deteriorados. La red social cumple también otras funciones que inciden en el apoyo social percibido. Este último deriva de las interacciones sociales o de las relaciones que proveen asistencia o generan un sentimiento de apego a las personas (Di Iorio et al., 2019).

Por su lado, la confianza se ha identificado como la base de todo vínculo social, siendo un fenómeno central para la teoría social (Cena, 2022). Relacionada al entendimiento mutuo producto de la “fusión de horizontes comunes” que se trazan y acumulan por y a partir de una experiencia vital compartida (Bauman, 2006), la confianza se incorpora, haciéndose cuerpo.

Para Elías (1995), una de las primeras cualidades de los vínculos que establecen entre sí los sujetos, son las afectivas. Poniendo de manifiesto que, la distinción entre nosotros/ellos, deja al descubierto las distintas formas de estigma que tienen como fin provocar control social sobre los otros. Como dice el autor “la estigmatización se hace carne en los marginados [que] se reconocen distintos...” (Elias, 1998: 90).

La confianza que ofrecen las instituciones es un elemento ineludible en todas las relaciones sociales, es inherente e indispensable para entablar lazos. Confiar es no saber todo del otro y, sin embargo, decidir actuar (Cervio y Bustos, 2019). Siguiendo a las autoras, la confianza se organiza con base en la "entrega" y la "creencia" en los demás. Confiar en el otro es la emoción necesaria para relacionarse aun sin conocer la totalidad de las expectativas, intenciones y deseos de los demás.

Tratamos de viste... generarles confianza. Se mandan, cualquier macana viene y nos cuentan. Como si fuéramos... Sí, pero como si fuéramos o el padre o el hermano mayor.

Yo tengo la suerte que a mí no me mienten. No nos mienten. Por lo menos a mí no me mienten. Me dicen, hice tal cosa. Y te la blanquean. (Entrevista 24).

...de a poquito vas charlando, hay gente que te ve y se abre y llora y te cuenta cosas muy dolorosas de su vida, de su cotidianidad o cosas íntimas, digamos, de por qué está ahí y es bastante fuerte, digamos. (Entrevista 11).

...Entonces empieza a ser como un, nada, es un lazo, una relación que uno tiene con los chicos, y es hermoso poder construir esas relaciones. Así que es muy satisfactorio estar ahí y hacer algo por alguien, desinteresadamente, porque en definitiva uno no espera nada específico a cambio, sino estar y compartir un momento y poder ofrecer, como te digo, algo para alguien que haga una pequeña diferencia. (Entrevista, 13).

Pensar la confianza es adentrarse en las formas, direcciones e intensidades que adquiere la relación yo-tú /nosotros-ellos en la actualidad. Es reponer analíticamente las características que asume el lazo social, en el contexto de sociedades cada vez más atravesadas por la individuación, la fragmentación y la autoresponsabilización. Es otorgarle un espacio de reflexión a un sentir que se organiza en base a la “entrega” y la “creencia” en los demás (Cervio y Bustos, 2019: 15)

Como sostiene Simmel (1986), la confianza ofrece la seguridad necesaria para fundar en ella una actividad práctica. Cabría preguntarnos ¿qué rol juega la confianza en las relaciones sociales, en tanto base de las interacciones?

Para este autor, la confianza además de ser un valor moral es, básicamente, un sentimiento tan primario y fundante de lo social como el amor y el odio.

La confianza constituye una forma de reciprocidad y al respecto, Harold Garfinkel (2006) sostiene que la confianza es un elemento necesario que posibilita el orden en la vida cotidiana. Cuando ésta no está, aparece su contracara, la desconfianza, inhabilitando la posibilidad de un vínculo, en el que “se construye al otro como amenaza” (Cervio, 2019: 14).

Esta interacción cotidiana pasa desapercibida e inadvertida para muchas personas, pero no hay que dejar de decir que está socialmente regulada, provocando sensaciones y emociones en los sujetos.

La situación de calle no es un estado sino una relación social en la que lo efímero se convierte en constante, emergiendo formas de afiliación y desafiliación (Bachiller, 2009), de padecimientos sociales y de resistencias relacionadas con expresiones de inequidad e injusticia social que dan lugar a la construcción de identidades estigmatizadas (Di Iorio, 2021).

Para evitar esas identidades estigmatizadas, el encuentro y la construcción de la confianza permiten la creación de vínculos cercanos como garantía del lazo social (Cervio, 2019).

...preparamos unas cajitas navideñas, pan dulce, budín, garrapiñada.

Bueno, esto también lo hacemos con, por ejemplo, el Día de las Infancias, juegos didácticos, show de payaso, viene una murga del barrio. Hacemos bastante interactivo y los chicos la pasan bien, además. Es un rato que se nota que la pasan bien y la disfrutan, y se llevan un regalito. (Entrevista 10).

...son respetuosos siempre con la experiencia de los que están en la calle, que están acostumbrados a ser rechazados, a ser discriminados, mirados con desconfianza, o que ya en primer lugar esperan el no porque es lo que finalmente reciben. (Entrevista 22).

Estos dos fragmentos de las entrevistas realizadas muestran la confianza y la desconfianza que sienten las personas en situación de calle. Si pensamos el proceso de construcción de la subjetividad no solo como una creación propia e individual, sino como conectado con el otro, podemos decir que la intersubjetividad está mediada por la visión que el otro tiene de mí. Siguiendo a Cervio y Scribano (2018)

el proceso de desconfianza se ve estimulado por el miedo y la inseguridad como emociones que refuerzan los múltiples muros, bordes y fronteras (materiales y simbólicas).

La desconfianza crea subjetividades amenazantes/amenazadas, establece modos de sociabilidad, permea los vínculos sociales (potenciales y manifiestos) y otorga contenido a la experiencia. La no proximidad reduce los espacios de sociabilidad, de participación, convirtiendo los lugares de asistencia en uno de los pocos lugares donde las personas en situación de calle suelen sentirse seguros y confiar (Vergara, 2017). Estas subjetividades amenazantes/amenazadas que poseen los cuerpos de las personas en situación de calle, que además están sucios, portan mensajes de alerta, se traducen en criterios estéticos de fealdad, convirtiéndose en rechazo, en prácticas de negación social que reconfiguran los espacios y las subjetividades. Como dice Mbembe (2006) esa figura es construida a partir de juicios y valoraciones morales y estéticas, repercutiendo en la interacción social y finalmente en la percepción del otro como amenaza. En esa trama del social vigente, aparece el estigma, generando distanciamientos en las relaciones sociales (Goffman, 2003).

Para hacerle frente a los distintos estados emocionales que tienen que ver con la percepción del otro como amenaza, el estigma, el rechazo, identificamos en varias entrevistas, que no solo se trata de asistencia alimentaria, sino también de generar autonomía en las personas en situación de calle.

... esta iglesia fue durante muchos años solo asistencial, venían le daban la comida, se le conseguía un trabajo. Y desde hace unos años intentamos dejar de ser asistencialistas para ofrecer herramientas a ellos. Por ejemplo, hay talleres de armados de currículums, hay oficios que se aprenden, intentamos darles las herramientas para que ellos no dependan de nosotros. (Entrevista 18).

Yo te diría más que ayudar, lo que nosotros hacemos es acompañar y caminar con ellos, porque la ayuda es una cosa muy material, muy provisoria, muy inestable, es decir, por lo menos para mí la palabra que le pongo es acompañar y caminar con ellos, más que ayudar. (Entrevista 26).

De las entrevistas realizadas y de los fragmentos seleccionados, se infiere cómo algunas instituciones serían generadoras de autonomía, mientras que otras reproducirían las condiciones de vulnerabilidad. Esto significa que pueden distinguirse dos lógicas: tutelar o restitutiva. Esta última, como plantea Di Iorio et al. (2020), es una relación que se configura desde una subjetividad próxima, basada en una ética relacional.

Específicamente, la dimensión ética reside en el reconocimiento y la aceptación del Otro en su diferencia, en su aceptación como sujeto cognoscente con igualdad de derechos (...) en la intersubjetividad que al reconocer la humanidad del Otro permite que, por ese acto, el Uno también sea humano. (...) Y de esa relación, que sea liberadora o no, depende la construcción de autonomía o de reproducción de las condiciones de exclusión. Por su parte, la tutelar, se basa en una otredad fundada en una ética moralista del deber ser (Di Iorio et al., 2020: 6).

...Tratamos mucho de salir del enfoque asistencialista a un enfoque que tenga más que ver con la promoción de la persona. De que la persona se valga, la calidad de vida tiene que ver con la autonomía, no con la dependencia de una institución... (Entrevista 18).

Esta lógica relacional y más vinculada al empoderamiento de las personas en situación de calle pretende superar la dinámica tutelar que muchas veces predomina en el circuito socio-asistencial, orientándose a la resignificación de sus experiencias, con el propósito de generar transformaciones subjetivas y colectivas con un sentido emancipador (Di Iorio, 2020), creando espacios amigables y de escucha, promoviendo la construcción de otros posicionamientos sociales sobre la base de la participación, que, como dice Sánchez (2000), implica "tener parte de" algo que pertenece a un grupo, "tomar parte en" algo con otros y "ser parte de" algo, involucrarse.

La vinculación con el otro se da por medio del plato de comida, pero el trasfondo es más profundo. La lógica de este tipo de intervenciones impulsa la participación comunitaria, promoviendo la exigencia de derechos y se alejan así de la mera producción de bienestar social (Di Iorio, 2020). Lo vincular se configura como eje central de las intervenciones comunitarias, es el instrumento clave y el objetivo de una pedagogía del encuentro-desencuentro en una dialéctica de proximidad - distanciamiento.

Esta exigencia de derechos y de intervenciones promueven el amor. Teóricamente hablando, el amor filial proviene de los lazos familiares e involucra vínculos multidireccionales y estos lazos complejos proporcionan el lugar central desde el cual aparece la energía especial para construir prácticas colectivas (Scribano, 2019). Siguiendo al autor, el amor filial destituye la sacralidad del miedo a las consecuencias del riesgo como mecanismo de resignación a una vida sin autonomía.

Para Levinas el amor se orienta hacia el otro procurando asistirlo en esa cualidad tan humana como es la fragilidad, rasgo que demanda e interpela a los otros y al "yo" respecto a esos "otros" (1979):

...Eso es lo bueno. Entonces, el comedor, se la escucha, es la contención, como dice Entrevistado 3, es el comprender, escuchar y tratar de entender por qué la persona está en la situación que está, tratar de ayudar a sacarla. (Entrevista 24).

...No solamente estoy entregándote un recipiente, sino que te conozco, me encanta acordarme los nombres... Me gusta mucho y me siento como que tenemos otra relación, que pasa a ser más de familia. (Entrevista, 16).

...después, viste, ya te ven y te sonríen, apenas te ven llegar, viste, como que vení, vamos a charlar un rato, te dicen, viste. Como que hay otras necesidades que no son solo las del cuerpo sino más espirituales o emocionales digamos. (Entrevista 2).

Esta lógica de entender y acompañar, de confiar y dar amor, implica uno de los pilares del puente que constituye la confianza mutua (Scribano, 2019), se corre el eje del dolor y del sufrimiento y lo convierte en oportunidad de cambio y confianza. Esta manera nos recuerda que la existencia es siempre con otros, es intersubjetiva. Como dice el autor: "... Las personas persisten en el amor y logran la

confianza de encontrar a otros y a sí mismos en una lucha desigual contra el dolor planteado desde lo individual y fragmentario. El otro está ahí para ser alentado, ayudado, esperado y todos se transforman en ese otro” (Scribano, 2019: 25).

4. A modo de cierre y apertura

Hemos trabajado sobre dos ejes principales: la confianza y la autonomía como soporte fundamental para la construcción de las subjetividades de las personas en situación de calle.

A partir de las presentaciones teóricas realizadas nos preguntamos si el asistencialismo alimentario otorga algo más que un plato de comida. Recorriendo las definiciones de subjetividad, amor, autonomía y confianza logramos entrever qué hay detrás de la entrega de un plato de comida y cómo se generan procesos positivos para la construcción de las subjetividades de las personas en situación de calle. Nos enfocamos, no solo en la marginalidad y supervivencia que produce la calle, sino en la formación de lazos que sostengan y acompañen.

Anclados en una lógica menos tutelar y más relacional, que busca generar mecanismos emancipatorios y menos asistencialistas, que implica un compromiso comunitario y participativo activamente y desplaza la mirada individual a una más colectiva. Frente a un entramado asistencialista, debemos construir otros posicionamientos para lograr transformaciones que mejoren la calidad de vida de las comunidades y su acceso a bienes y derechos, de los que son continuamente expulsados.

La resignificación de la confianza, el amor y la autonomía impacta en la formación de las subjetividades de las personas en situación de calle. La confianza, como dice Scribano (2019), vuelve en tanto encuentro y encontrarse. El otro, está ahí para ser abrigado, no solo con un plato de comida caliente y una frazada, sino con algo más abstracto, necesario y constitutivo como el amor y la confianza.

Por su parte la autonomía de las personas en situación de calle genera controversias. ¿Podemos pensar realmente en la formación de autonomía? La política de regulación de los cuerpos de las personas en situación de calle regula las emociones y sus propias acciones, consolidando modos de vida, y tal vez lo que creemos que es autonomía no son más ni menos que estrategias para sobrevivir a dicha regulación.

Son autónomos según ¿quién? Creo que es un punto para seguir profundizando y cuestionando, porque tal vez esa necesidad de decir que las personas en situación de calle generan autonomía, tiene que ver más con un relato capitalista, cómodo y seguro, antes que con las propias vivencias de las personas que habitan la calle.

Por otro lado, se dejan puertas abiertas con preguntas aún sin responder, cambiando el foco y poniéndolo directamente en el sentir de las personas en situación de calle. La desechabilidad, la precariedad y la vulnerabilidad hecha cuerpo en medio de prácticas alimentarias asistencialistas, ¿Qué sienten? ¿Cómo lo sienten? ¿Qué piensan? ¿Qué ven? Buscar la huella que nos permita comprender los modos en que estas sensibilidades son elaboradas.

Bibliografía

- Bachiller, S. (2009). Significados del espacio público y exclusión de las personas sin hogar como un proceso de movilidad forzada. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas (REIS)*, 128(1), 125–137.
- Bericat Alastuey, E. (2015). *La sociología de las emociones: cuatro décadas de progreso*. Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).
- Butler, J. (2006). *Vida precaria: El poder del duelo y la violencia*. Paidós.
- Castoriadis, C. (2005). Para sí mismo y subjetividad. En J. L. Le Moigne, D. Bougnoux & S. Proulx (Coords.), *En torno a Edgar Morin: Argumentos para un método* (pp. 189–203). Universidad Veracruzana.
- Cena, R. B. (2022). Políticas sociales, confianza y desconfianza: exploraciones desde las sensibilidades en contextos de desigualdad. En A. De Sena & J. M. Herrera Nájera (Eds.), *Sensibilidades, subjetividades y pobreza en América Latina* (pp. 67–88). CLACSO. <https://www.clacso.org/sensibilidades-subjetividades-y-pobreza-en-america-latina/>
- Cervio, A. L. (2015). Experiencias en la ciudad y políticas de los sentidos: Lecturas sobre la vista, el oído y el olfato. En R. Sánchez Aguirre (Comp.), *Sentidos y sensibilidades: exploraciones sociológicas sobre cuerpos/emociones* (pp. 17–48). Estudios Sociológicos Editora.
- _____ (2019a). Confianza y esperanza: una introducción (posible) a las políticas de las sensibilidades (p. 13). En A. L. Cervio (Comp.), *Confianza y política de las sensibilidades* (p. 13). Estudios Sociológicos Editora. (sin URL identificable)
- _____ (2019b). Desconfianza e interacciones urbanas: un abordaje desde las sensibilidades sociales (p. 71). En A. L. Cervio (Comp.), *Confianza y política de las sensibilidades* (p. 71). Estudios Sociológicos Editora. (sin URL identificable)
- _____ (2022). Habitar en la sociosegregación: una exploración sociológica desde los olores. En A. De Sena & J. M. Herrera Nájera (Eds.), *Sensibilidades, subjetividades y pobreza en América Latina* (pp. 89–107). CLACSO. <https://www.clacso.org/sensibilidades-subjetividades-y-pobreza-en-america-latina/>
- Cervio, A. L., D'hers, V., & Lisdero, P. (2020). Cuerpos precarios: Habitar, respirar y trabajar en el sur global. Una mirada desde la sociología de los cuerpos/emociones. *Empiria. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, (47), 43–63. <https://doi.org/10.5944/empiria.47.2020.27445>
- De Sena, A. (Ed.). (2022). *Sensibilidades, subjetividades y pobreza en América Latina*. CLACSO. <https://www.clacso.org/sensibilidades-subjetividades-y-pobreza-en-america-latina/>
- Di Iorio, J. (2019). *Vivir en situación de calle en contextos urbanos: Subjetividades en resistencia*. Teseo.
- Di Iorio, J., Seidmann, S., & Rigueiral, G. J. (2019). *Padecimiento de personas en situación de calle y reconstrucción de las redes sociales*. Ponencia presentada en el XI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología; XXVI Jornadas de Investigación; XV Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR; I Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional; I Encuentro de Musicoterapia, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina.
- Di Iorio, J., Seidmann, S., Rigueiral, G. y Abal, Y. (2020). Circuitos Socio-Asistenciales para Población en Situación de Calle en la Ciudad de Buenos Aires: Representaciones Sociales y Prácticas. *Psyjbe*, 29(1), 1-13.
- Elías, N. (1998). *La sociedad de los padres y otros ensayos*. Grupo Editorial Norma
- Garfinkel, H. (2006) *Estudios en etnometodología*. Anthropos.
- Goffman, E. (2003). *Estigma. La identidad deteriorada*. Amorrortu.
- Levinas, E. (1969). *Totality and infinity: An essay on exteriority* (A. Lingis, Trans.). Duquesne University Press.
- Mbembe, A. (2006). *Necropolítica*. Melusina
- Martuccelli, D. (2007). *Cambio de rumbo*. LOM ediciones.
- Mellucci, A. (2016). *Cuerpos extraños*. ESEditora.

- Sánchez, E. (2000). *Todos con la “esperanza”: continuidad de la participación comunitaria*. Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela.
- Scribano, A. (2007). La sociedad hecha callo: conflictividad, dolor social y regulación de las sensaciones. En j. Sarmiento (ed), *Mapeando interiores: Cuerpo, conflicto y sensaciones* (pp. 118–142). Universitas Editorial Científica Universitaria.
- _____ (2009). Acciones colectivas, movimientos y protesta social: preguntas y desafíos. *Conflicto Social*, 2(1), 86–117. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.
- _____ (2010). Estados represivos: políticas de los cuerpos y prácticas del sentir. *Revista Brasileira de Sociologia da Emoção*, 9(25), 98–140.
- _____ (2019). El amor filial como acción colectiva y confianza. *Sociologias*, 21(52), 104–131. <https://doi.org/10.1590/15174522-91368>
- Scribano, A., & Cervio, A. L. (2018). *Distrust and proximity: The paradoxes of violence in Argentina*. En A. Scribano (Ed.), *Politics and emotions* (pp. 193–219). Studium Press LLC.
- Seidmann, S., Di Iorio, J., & Azzollini, S. (2017). Espacio social vivido en jóvenes en contexto de exclusión y vulnerabilidad urbana en Buenos Aires. En M. C. Chardon, N. G. Murekian & H. Scaglia (Eds.), *Investigaciones en representaciones sociales en la Argentina: Problemas teóricos y producción empírica* (pp. 329–344). Universidad Nacional de Quilmes.
- Sordini, M. V. (2020). Comedores comunitarios: acceso a los alimentos y preparaciones posibles: experiencias colectivas en la provincia de Buenos Aires. *Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales*, 20, 1–22.
- Urresti, M. (2008). Nuevos procesos culturales, subjetividades adolescentes emergentes y experiencia escolar. En E. Tenti Fanfani (Ed.), *Nuevos temas en la agenda de política educativa* (pp. 101–124). Siglo XXI Editores.
- Vergara, G. (2008). Cuerpos y percepciones en la teoría de A. Giddens: La gramática temporal de una biografía encarnada en el mundo. *Intersticios. Revista Sociológica de Pensamiento Crítico*, (2), 251.
- _____ (2018). Cuerpos, sensibilidades y acción colectiva. *Estudios Feministas*, 26(1), 1–19. <https://doi.org/10.1590/1806-9584.2018v26n143607>

Cuerpos des-carados. La vergüenza como mecanismo sancionatorio en las personas en situación de calle

Antonella Natalia Messina

UBA, Licenciada y Profesora en Sociología. Email: anto_messina@hotmail.com

Resumen:

Este trabajo explora cómo la vergüenza opera como mecanismo sancionatorio en personas en situación de calle (PSC) en la Ciudad de Buenos Aires (CABA). Se utiliza el marco teórico de la Sociología de los Cuerpos y las Emociones, con aporte del interaccionismo simbólico de Erving Goffman, para analizar cómo la violencia simbólica se transforma en experiencia corporal. La metodología consiste en entrevistas semiestructuradas realizadas entre agosto de 2024 y abril de 2025 a informantes clave en el marco del proyecto “Pobreza, Emociones y Mundo Digital” en CABA. El análisis se centra en tres dimensiones: 1. Cuerpos des-carados, que evidencian la interiorización de la vergüenza como autocastigo; 2. Cuerpos a-normales, estigmatizados como amenaza y despojados de empatía; y 3. Cuerpos deshumanizados, reflejo de una sociedad depredadora que naturaliza la vulnerabilidad. A modo de cierre, se brinda un breve “Comentario final”, que indica que pese a la violencia simbólica, las PSC continúan movilizándose para sobrevivir, desafiando los rituales sociales. La importancia de este trabajo radica en que considerar y visibilizar estas corporalidades marginalizadas es clave para promover transformaciones sociales en este asunto.

Palabras clave: Personas en situación de calle – Vergüenza – Pobreza – Emociones - Violencia simbólica.

Introducción

Desde una mirada sociológica de los cuerpos-emociones, el presente artículo intentará evidenciar la exclusión que sufren las personas en situación de calle y cómo se hace cuerpo en ellas. Estas personas atraviesan constantes violencias simbólicas de un otro que busca “evitar la visibilidad del excluido”, en este sentido, se intentará observar cómo se expresan estos mecanismos sancionatorios de una sociedad estigmatizante hacia los cuerpos de las personas en situación de calle (PSC).

Respecto al marco teórico, como ya dijimos, se analizará la problemática desde la teoría de la Sociología de los Cuerpos y las Emociones. Además, estarán presentes teorías de la sociología como es el interaccionismo simbólico, desde uno de sus padres, Erving Goffman.

Para ello, se realizaron entrevistas semi-estructuradas a informantes claves en el marco del Proyecto “Pobreza, Emociones y Mundo digital: Políticas de las Sensibilidades en CABA 2024-2026”, del cual formo parte. El propósito de este proyecto es comprender el lugar de lo digital en el establecimiento de determinadas políticas de las sensibilidades que organizan la vida de las personas en situación de pobreza que residen en Ciudad Autónoma Buenos Aires (CABA), durante el periodo 2024-2026. Las entrevistas se realizaron entre Agosto de 2024 y Abril de 2025, a informantes claves, en particular a instituciones que brindan asistencia a personas en situación de calle.

Este escrito se organizará en tres grandes partes: En una primera parte, se abordará la situación actual (2025) de las PSC en CABA y se definirán conceptos claves en el desarrollo. En una segunda parte, se realizará un análisis en base a las entrevistas realizadas en el marco del Proyecto mencionado, observando la violencia simbólica que la sociedad ejerce sobre las personas en situación de calle y cómo esta violencia se vuelve cuerpo en ellos, en este sentido nos realizamos la pregunta: ¿Cómo se vuelve CUERPO la violencia simbólica que la sociedad ejerce sobre las personas en situación de calle?. Esta observación se hará en base a tres dimensiones: 1. Cuerpos des-carados, dónde se analizará la corporización de la vergüenza. 2. Cuerpos a-normales, se profundizará en la estigmatización de la sociedad, emergen emociones como la amenaza, la exclusión, y la estigmatización... 3. Cuerpos des-humanizados, dónde se reflexionará brevemente en los valores humanos de esta sociedad. Finalmente, se esbozarán unos comentarios finales a modo de conclusiones.

Primera parte

Durante las últimas dos décadas (2005–2024), las sociedades capitalistas a nivel mundial han experimentado transformaciones profundas que han intensificado las tendencias preexistentes, como el aumento del desempleo y la pobreza.

A nivel nacional, en el segundo semestre de 2024, el porcentaje de hogares por debajo de la línea de pobreza alcanzó el 28,6 %; en ellos residía el 38,1 % de la población. La indigencia afectó al 8,2 % de la población total, según datos del Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC, 2025).

En el tercer trimestre de 2024, la pobreza en Argentina registró una disminución significativa, alcanzando el 38,9 %, mientras que la indigencia también mostró un descenso, situándose en el 8,5 % (INDEC, 2025).

En el caso de CABA, según datos del Instituto de Estadística y Censos de la Ciudad de Buenos Aires (IDECBA), en el tercer trimestre de 2024, el 22,1 % de los hogares de la Ciudad se encontraban en situación de pobreza, y en ellos residía el 28,1 % de la población. La indigencia alcanzó al 11,0 % de las personas, representando el 39,1 % del total de personas pobres en la ciudad (GCABA, 2025).

En el primer trimestre de 2025, la pobreza en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires se redujo al 19,9 %, afectando a 613.000 personas, lo que representa una disminución significativa respecto al mismo período del año anterior (Cadena 3, 2025).

La década de 2020 estuvo marcada por desafíos económicos y sociales, incluyendo la pandemia de COVID-19, que tuvo un impacto significativo en la economía y el bienestar de los habitantes de la ciudad. Estos eventos exacerbaron las desigualdades existentes y dificultaron la mejora de las condiciones de vida de muchos hogares porteños.

Por lo tanto, en este trabajo la pobreza será definida cómo la falta, la carencia, las privaciones de bienes y/o servicios para acceder a una vida digna y, se la vincula a la marginalidad, exclusión, desigualdad (De Sena, 2020). Las personas en situación de pobreza están determinadas y condicionadas por las políticas de los gobiernos.

Observaremos un grupo social específico, que ocupa uno de los escalones más bajos en la escala de atravesados por la pobreza: las personas en situación de calle. No entendemos por “personas en situación de calle” únicamente a las personas que utilizan el espacio público para pernoctar (dormir), sino que, este concepto abarca tanto a las personas que utilizan la red de alojamientos transitorios, cómo a quienes se encuentren en riesgo de estar en situación de calle (Di Iorio et al., 2020).

La calle cómo espacio público, común, cada día significa un hogar para más personas. El hogar, cómo derecho fundamental, como espacio a donde las personas llegan a descansar luego de un largo día, como refugio donde poder vulnerabilizarse en un espacio seguro, este hogar es una posibilidad a la que no todos accedemos. Cervio (2009) investigó en 2009 a las personas en situación de calle en CABA, centrándose en analizar la calidad de vida y el bienestar psicológico de estas personas. En su investigación puntualiza en las problemáticas comunes que tienen, estas serían: Desarraigo, carencia, marginación, soledad, ruptura personal (humillación, baja autoestima), sub culturización cómo modelo de vida (refiere a la falta de ganas de integrarse en sociedad), dependencia de instituciones y otras problemáticas diversas (Cervio, 2009). Además, es interesante considerar que ya son conocidas estas personas por la categoría “sin techo” y “transeúntes marginados”.

En una investigación participativa, que tuvo como objetivo indagar las trayectorias de vida y los procesos de construcción de identidad en personas en situación de calle (PSC) en la Ciudad de Buenos Aires (2007-2014), se desarrolló la siguiente reflexión:

Estar en situación de calle no es un estado o una cosa, sino una relación social, donde lo efímero se convierte en constante, emergiendo una forma de padecimiento social relacionada con expresiones de inequidad e injusticia social, así como también se hacen poseedores de atributos socialmente desacreditadores, dando lugar a procesos de estigmatización (Goffman, 1963/2003). La profundización de la distancia social entre estos grupos sociales y el resto de la sociedad da lugar a que sean vistos como grupos socialmente amenazantes, culturalmente estigmatizados y económicamente marginales. (Di Iorio et al., 2020: 2).

Es necesario aclarar, antes de continuar, entendemos por “exclusión” de las personas en situación de calle la relación social que se da entre una persona que observa “desde afuera” la problemática de la pobreza y la utilización de la calle como vivienda, y las personas económicamente vulnerables (que pasan gran parte del día en la calle). En esta relación social particular, se dan tensiones. Muchos ciudadanos observan a las personas en situación de calle como una amenaza, cómo alguien que debe ser evitado. La amenaza ocurre por una desconfianza, un miedo ante la presencia del otro (Scribano, 2021).

Segunda parte

1. Cuerpos des-carados

“Cuerpos des-carados”, es un concepto que emerge para definir a los cuerpos excluidos que interiorizan esa exclusión. El concepto surge a partir de la lectura del texto “Ritual de Interacción” dónde Goffman realiza un trabajo de la “cara” y analiza los elementos rituales de la interacción social. Para él “perder la cara” significa estar con la cara avergonzada, y en su desarrollo refiere al autocastigo cómo

forma de relacionarse, participando con responsabilidad en el proceso ritual (de interacción social) y de las reglas de conducta que parece haber violado.

Retomando a G. Vergara (2015), al analizar los grupos recuperadores de residuos, nos interesa su conceptualización acerca de “la vergüenza como emoción que articula la conflictividad social hecha cuerpo”. Creemos que son grupos similares, tanto los recuperadores de residuos, cómo las personas en situación de calle sufren el estigma de “lo sucio”, el estigma de la vagancia, y la vergüenza a la pobreza. Al realizar una lectura de la vergüenza desde Simmel, Vergara (2015) nombra la vergüenza cómo sanción social, cómo modo de control social. Y encuentra en la teoría de Elías algo similar, la vergüenza cómo temor a transgredir las reglas sociales, la vergüenza cómo coacción y auto coacciones.

Podemos rastrear emociones de “vergüenza” en las entrevistas realizadas, en el comedor de la Iglesia San José de Flores, la entrevistada comentó:

Lo que vimos después de pandemia fue que había mucha gente que había caído. Gente que hasta le daba vergüenza venir a pedir. Ahora se está normalizando. Hemos notado que ya no es tanta la desesperación de la gente. (Entrevista semi-estructurada, Comedor “Iglesia San José de Flores”, Barrio de Flores, 26/03/2025).

En el anterior fragmento de entrevista podemos observar por un lado la cuestión de cómo la pandemia deterioro las condiciones de vida de las personas, y así se nombra la “caída” de mucha gente en situación de pobreza.

Además, se evidencia la dicotomía entre lo vergonzoso y lo aceptado socialmente (normalizado) cuándo se dice “Gente que hasta le daba vergüenza venir a pedir. Ahora se está normalizando”. Sostenemos, que los miedos sociales se manifiestan en emociones cómo el desagrado, la vergüenza, y producen que el conjunto social se mueva en ciertos límites que serán lo “esperable” (Scribano. Mattar. 2009)”. En este sentido, afirmamos que la vergüenza y el desagrado actúan dando un aviso, una alerta, de que esa situación dónde quién se siente avergonzado lleva en su cuerpo la emoción de “estar haciendo algo incorrecto” y quien siente vergüenza de un otro lleva en su cuerpo esa emoción de que “lo normal o esperable debe ser restablecido”.

Otra observación puede hacerse en la relación que la entrevistada realizó entre vergüenza de pedir comida con la desesperación, en este sentido, se puede deducir que cuando uno no tiene el hábito de pedir comida, sólo la desesperación produce que uno rompa esa barrera, sintiéndose en ese proceso “descarado” o avergonzado por no sentirse parte de ello.

Se podrá concluir entonces que en situaciones de necesidad, las personas avanzan a pesar de las barreras y miedos sociales, y aunque con incomodidad o vergüenza, solicitan ayuda para poder subsistir.

Los rituales de interacción social explican cómo una persona entra en lo correcto y esperable por medio de la cara, en determinadas situaciones incómodas, pero esta teoría hace agua a la hora de explicar cómo es que una persona, se desentiende de lo socialmente esperado, se ve marginada a estos rituales, y avanzan por caminos alternativos para asegurarse la subsistencia. No estamos queriendo decir que la persona en situación de calle no sienta estos mecanismos sancionatorios como la vergüenza y el desagrado, sino más bien, afirmar que aunque lo sientan, avanzan, ya que la situación en la que se encuentran ya no tiene como prioridad la valoración social y el armónico proceso de esa interacción social.

2. Cuerpos a-normales

“Cuerpos a-normales” es un concepto inspirado en un texto de Scribano (2021) donde plantea la dicotomía entre la amenaza y la empatía, cómo el otro puede ser visto como peligroso o cómo puede ser visto desde la cercanía, la comprensión, el “estar cara a cara”.

Las personas que viven en situación de calle se encuentran en una situación de fragilidad. Los cuerpos de las personas en situación de calle son cuerpos públicos, cuerpos marginalizados, cuerpos que llevan el peso de ser tratados como peligrosos, como una amenaza. Además, en estas personas recaen estereotipos que los tildan de incapaces de reaccionar por su propio interés, de sujetos pasivos. En pocas palabras, las personas en situación de calle sufren estigmatización, criminalización y segregación, se podría decir que “son cuerpos merecedores de castigo” (Di Iorio, 2022).

La manera en que la sociedad observa a las personas en situación de calle también quedó en evidencia en varias entrevistas, por ejemplo en la entrevista grupal realizada en el Comedor “a cielo abierto” de Barrancas El Gómero, las participantes comentaron:

También es importante que se acerquen, porque muchas veces, ¿qué piensan? La gente de la calle, o son todos drogadictos, o son todos ladrones, o son vagos que no quieren laburar. Y la verdad que algunos, quizá tienen esas características, pero otros no. Entonces, tomar conciencia que no todos son iguales, que quizá necesitan alguna palabra. (Entrevista semi-estructurada, Comedor, barrio de Barracas, 18/04/2025).

Entonces, si se acerca la gente, y los tratan como personas:

A: Se van a dar cuenta que son gente normales, que quizás alguno tuvo algún problema en la vida, y que desgraciadamente cayó en esta situación. (Entrevista semi-estructurada, Comedor “A Cielo Abierto” de Barracas, El Gómero, 18/04/2025).

En esta parte se evidencia cómo las entrevistadas se acercan desde la empatía y superan el estigma de la sociedad. Proponen que se tome conciencia acerca de que no todos son iguales, es decir, que cada quién tiene su propia trayectoria personal, y en esa biografía hay experiencias que dan cuenta de cómo llegan a transitar la calle. Y al nombrar la necesidad que estas personas tienen de “alguna palabra” está

nombrando la necesidad de ponerse en el lugar del otro, de ser oído, de ser contención, en este sentido retomamos el concepto de empatía cómo el “co-vivir”, el senti-pensar (Scribano,2021).

Hay en la misma entrevista conceptos que emergen para poner en palabras este “Cuerpo a-normal”:

Y entonces, va a estar viendo las cosas desde otra óptica. Entonces, es mucho mejor que vean y que, como dice A, vean y no se estigmatice a la persona que está en la calle para que lo puedas comprender y el día de mañana le pueda llegar mejor a esa criatura que el día de mañana ustedes tengan. Entonces, le puedan dar una mirada y una orientación con mucho más fundamento. Porque ustedes la están viendo, la están viviendo, la están compartiendo. Y aquel, digamos, estigmatización que había, de repente ese celofán que se puede romper. (Entrevista semi-estructurada, Comedor, barrio de Barracas, 18/04/2025).

Lo que trae este fragmento es un mensaje de la entrevistada dirigido a los investigadores sociales, los invita a darle una mirada a estas PSC y poder dar una orientación, una dirección esclarecedora en sus vidas. La estigmatización se nombra cómo un filtro, cómo una ilusión, “lo que para la gente es real, funciona como real” (Scribano, 2008). Las fantasías sociales son lo que frenan la acción transformadora y revolucionaria, el profundo miedo a un pasado, amenazando con el peso de la derrota, de lo perdido. Una de las fantasías que Scribano observa en las sociedades neoliberales es la de “transformar lo colectivo en individual”, es decir, negar la intersubjetividad. Esta negación se puede observar al hacer una lectura de las entrevistas, dónde se deja entrever un cuestionamiento a esta exclusión que la sociedad hace de los sujetos en situación de calle. Otro indicio de estas fantasías sociales es la sensación generalizada de melancolía que se siente cómo “Algo que se ha perdido, sin saber qué”. Decimos que las fantasías sociales son un proceso transformador de aceptabilidades y naturalizaciones (Scribano, 2008).

3. Cuerpos des-humanizados

“Cuerpos des-humanizados” refiere a la última dimensión que utilizaremos para observar “la vergüenza cómo mecanismo sancionatorio en las PSC”. La sociedad moderna occidental, se ha ido degradando en sus valores del ser humano cómo máximo valor, dando paso a el valor del dinero, de la propiedad y de la “libertad individual”. Según Cervio (2009) el bienestar humano depende tanto de las cuestiones materiales cómo de los valores humanos. Se afirma en su investigación que para lograr bienestar humano es necesario trabajar en la calidad de vida de las personas. La calidad de vida plantea una realidad social y política basada en el respeto de los derechos humanos y propone la necesidad de trabajar de forma integrada (Tonon, 2003).

En este contexto deshumanizante, dónde las personas están perdiendo la sensibilidad frente al sufrimiento ajeno, vivir en la calle significa ser vidas sólo observadas, vigiladas. Y no sólo está normalizada la anormalidad de sus vidas, si no que sus muertes también están naturalizadas, esperadas. La distancia entre las personas en situación de calle y el resto de la sociedad va profundizando, viéndose este grupo cómo socialmente amenazantes, culturalmente estigmatizantes y económicamente marginales (Di Iorio et al., 2020).

Las personas que trabajan con personas en situación de calle tampoco son ajenas a esta realidad de cuerpos des-humanizados. Como dice otro entrevistado:

... es una motivación, eso es una (...) O sea, eso es un regalo, es un regalo que te hace la gente. Entonces es para uno, vamos a decir, muy lindo que uno vive en una ciudad bastante deshumanizada, donde el teléfono es el pan nuestro de cada día, donde el internet y donde la fake news y donde vos decís algo por internet y es lo que vale, donde no existe cada menos la comunicación. Y vos caminas por la calle y una persona que de repente está sentada en el piso con una frazada, con algo, te pasa y te saludan, hola, buen día, ¿cómo estás Iñaki? Para mí es una maravilla. Y el otro que se “supone” que estudió, que fue al... que tiene cultura, que tiene un bagaje encima, entre comillas, que es eso de educación, de formación, no lo hace. (Entrevista semi-estructurada, Comedor en el barrio de Barracas, El Gomero, 18/04/2025).

A partir de leer esta parte de la entrevista observamos las consecuencias sociales que tiene el individualismo, y el desinterés. El individualismo produce una sensación de que “nadie es indispensable”, y la empatía es una virtud que se va perdiendo. El entrevistado destaca cómo una persona en situación de calle puede ser más humana que quién no está marginado de la sociedad, que no hace falta tener educación, recursos, vivienda, para comprender la importancia de la comunicación con el otro. Es preocupante cómo se fueron ocultando los valores de la sociedad que destacaban que el ser humano era lo más importante. En la actualidad, el ritmo frenético de las ciudades y la sobre estimulación sensorial producen un ser humano antipático, que se protege en una actitud de indiferencia (Simmel, 2005).

Comentarios finales

Significa de gran dificultad tratar de obtener conclusiones de todo lo desarrollado. La investigación está aún en curso, y las futuras entrevistas darán a conocer nuevos conceptos emergentes que quizás transformen o profundicen lo dicho. Este trabajo es el intento de comprender cómo un mecanismo sancionatorio cómo la vergüenza produce efectos en los cuerpos de las personas en situación de calle. Sostenemos que vivimos en una sociedad “piltrafa”, una sociedad depredadora, una sociedad que sacrifica lo que está al margen, una sociedad que depreda y se depreda (Scribano, 2015). Consideramos que analizar los cuerpos des-carados, los cuerpos que son mantenidos al margen, en las

sombras de esta sociedad de las luces es crucial para transformar esta realidad, dar a conocer las corporalidades de las personas en situación de calle, y re-conocer que hay una articulación de instituciones que las asisten día a día en un intento de mejorar la calidad de vida de estas personas.

Bibliografía

- Cadena 3. (2025, mayo). La pobreza en CABA se redujo al 19,9% y 469.000 porteños salieron de esa condición. https://www.cadena3.com/noticia/politica-y-economia/la-pobreza-en-caba-se-redujo-al-19-y-469000-portenos-salieron-de-esa-condicion_439028?utm_source
- Castells, M. (1999). *La era de la información: economía, sociedad y cultura* (Vol. 1). Siglo XXI.
- Cervio, E. S. (2009). Calidad de vida y bienestar psicológico de las personas en situación de calle que residen en hogares transitorios de Capital Federal. [Tesis/Manuscrito no publicado].
- De Sena, A. (2020). Pobreza y programas sociales en la Argentina de las últimas décadas. En Vulnerabilidad, pobreza y políticas sociales: abanico de sentidos en América Latina, Europa y China (pp. 101-144). Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Di Iorio, J. (2022). Cartografía de violencias hacia personas en situación de calle. Ciudadánías. Revista de Políticas Sociales Urbanas, (10), 1-19.
- Di Iorio, J., Seidmann, S., Rigueiral, G., & Abal, Y. (2020). Circuitos socio-asistenciales para población en situación de calle en la Ciudad de Buenos Aires: Representaciones sociales y prácticas. *Psykhé* (Santiago), 29(1), 1-13.
- Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. (2025). Pobreza y Mercado de Trabajo en la Ciudad de Buenos Aires: Tendencias en clave de desarrollo humano. 3er trimestre 2024. <https://buenosaires.gob.ar/sites/default/files/202505/Informe%20Pobreza%20y%20Empleo%203er%20trimestre%202024.pdf>
- Goffman, E. (1963). *Estigma: La identidad deteriorada*. Amorrortu.
- Instituto Nacional de Estadística y Censos. (2025). Incidencia de la pobreza y la indigencia en 31 aglomerados urbanos. Segundo semestre de 2024. https://www.indec.gob.ar/uploads/informesdeprensa/eph_pobreza_03_252282AE14D2.pdf
- La Urbe. (2025, 13 de enero). La pobreza y la indigencia baten récords históricos en la Ciudad de Buenos Aires. https://laurbedigital.com.ar/noticias/2025/01/13/la-pobreza-y-la-indigencia-baten-records-historicos-en-la-ciudad-de-buenos-aires/?utm_source=chatgpt.com
- Scribano, A. (2008). Lluve sobre mojado: pobreza y expulsión social. En M. I. Bertolotto & M. E. Lastra (Comps.), *Políticas públicas y pobreza en el escenario post 2009* (pp. 36-57). Cefomar Editora-FSCS-UBA.
- _____ (2021). Entre la amenaza y la empatía. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad (RELACES)*, 13(37), 4-8.
- Scribano, A., & Lisdero, P. (2023). Emotions and pandemic: a sociological view of social sensibilities. En A. Scribano & J. A. Roche Carcel (Eds.), *Emotions and Society in difficult times* (pp. 57-74). Cambridge Scholars Publishing.
- Scribano, A., & Vergara Mattar, G. (2009). Feos, sucios y malos: la regulación de los cuerpos y las emociones en Norbert Elías. *Caderno CRH*, 22, 411-422.
- Scribano, A., & Vergara, G. (2015). Consumo, disfrute inmediato y desechos: hacia una caracterización metonímica de unas sociedades depredatorias. En G. Vergara (Comp.), *Recuperadores, residuos y mediaciones. Análisis desde los interiores de la cotidianidad, la gestión y la estructuración social* (pp. 135-154). Estudios Sociológicos Editora.
- Simmel, G. (2005). La metrópolis y la vida mental. *Bifurcaciones*, 4(2), 1-10.
- Tonon, G. (2003). *Calidad de vida y desgaste profesional*. Espacio Editorial.

Vergara, G. (Comp.). (2015). *Recuperadores, residuos y mediaciones. Análisis desde los interiores de la cotidianidad, la gestión y la estructuración social*. Estudios Sociológicos Editora.

Las sensibilidades de la calle

Camilo Agustín Martínez

Grupo de Estudios sobre Sociología de los Cuerpos y las Emociones (PECES, IIGG) / CIES. Email: camilofuegos@hotmail.com

Resumen:

El presente documento En el marco del Proyecto de Reconocimiento Institucional de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA), en una primera aproximación, buscamos abordar la multiplicidad de procesos que atraviesan a las personas en situación de calle. A lo largo de la primer etapa de entrevistas a distintos referentes, voluntarios, trabajadores que brindan bienes y servicios ligados a la alimentación, la vestimenta, el aseo y a la posibilidad de pernoctar, como a la vinculación con otras organizaciones para la capacitación laboral y la inserción en emprendimientos que les permitan salir de su situación (Tillet y Paiva 2019); me interesó aproximarme a las sensibilidades y vivencias que rondan las experiencias de “calle”.

Palabras clave: sensibilidades – experiencia - situación de calle – vivencia - pobreza.

Las sensibilidades de la calle

Los nadies: los hijos de nadie,

los dueños de nada.

...

Que no tienen cara, sino brazos.

Que no tienen nombre, sino número.

(Los Nadies, Eduardo Galeano)

Para dar puntapié al escrito tuvimos como disparador unas preguntas: ¿Qué es la calle? y ¿Cómo es la calle de esta situación de calle?

Para intentar dar respuesta a estas preguntas tomaremos el camino de analizar las sensibilidades que se inscriben sobre los sujetos de la investigación. Estas sensibilidades se encuentran tensionadas por las formas de sociabilidad y vivencialidad; en cómo los sujetos “registran” las experiencias que tienen a lo largo de su vida, y por tanto valoran como relevantes (Scribano et al., 2017).

Primero aclaremos, ¿Qué es tener una experiencia? Una experiencia podríamos decir que es este evento o rasgo que refiere a la conciencia de las conexiones del sujeto con otros y con el mundo, una forma de estar en el mundo. Estas experiencias son fruto tanto de la sociabilidad donde se producen y reproducen, como de la vivencialidad en un espacio/tiempo. El abordar la situación de calle requiere estar abierto, atento, a las sensibilidades de los otros, a cuáles son las apreciaciones y percepciones de los fenómenos desde la mirada de los actores, que están in situ indisolublemente ligadas a la experiencia corporal y a estados cognitivos/afectivos (Scribano et al., 2017).

Si nos centramos en las sensibilidades es porque toda práctica social conlleva una dimensión emocional. De ese modo el par cuerpo-emoción se vuelve el soporte de experiencia y vivencia de lo individual/social, ya que los sentimientos y las emociones aun siendo una experiencia individual son intertextuales, es decir, están georreferenciadas en un contexto histórico y cultural determinada (De Sena y Mona, 2014). Esta dinámica lleva a la constitución de regímenes de sensibilidad que estructuran prácticas, formas de sentir y soportar el mundo. Naturalizan las cotidianidades generando que se perciban e interpreten como un “siempre así” (De Sena y Dettano, 2020; Scribano y Cena, 2013; Scribano, 2007). Los contextos de pobreza no están exentos de enraizar estados de sentir el mundo, los cuales nos dan cuenta de sentimientos de fragilidad, inseguridad e incertidumbre (Scribano, 2016).

En este marco la calle de ningún modo es un lugar para vivir, en eso todas las organizaciones están de acuerdo. Las experiencias en ella son de lo más diversas, aunque en su nacimiento una emoción las aúna, el miedo sentido fruto del desamparo, la soledad e indiferencia en esas primeras noches.

Conforme transcurre el tiempo la calle “despierta mucha picardía y astucia”, lo que no borra las sensaciones físicas como el hambre y el dolor. De ningún modo es un fenómeno nuevo el estar en situación de calle, muchas investigaciones dan cuenta de su cronicidad (Rosa, 2022; Di Iorio et al., 2016).

Recuperar entonces la biografía, las vivencias de los eventos y las apropiaciones personales y colectivas de las sensibilidades creo que es una pista para responder que es la calle y como se la vivencia. Para ello las entrevistas “nos ofrecen un corpus de diálogos, descripciones, opiniones, creencias, etc que nos permiten acceder a las huellas discursivas de la sensibilidad: qué esquemas sensibles se encuentran detrás de esas palabras, de esos pensamientos, de esas manifestaciones; como se comunican y cómo emergen en la expresión verbal, escrita o visual las estructuras sensibles” (Genovesi, 2016: 7). Por ejemplo, hay una certeza por parte de quienes brindan su tiempo a las personas que se encuentran en situación de pobreza/vulnerabilidad, la fragilidad y el estado de incertidumbre de la vida:

Entrevistado 1: Pero cada uno lo mira desde el ángulo, pero que a todos nos une el vaso comunicante es atender a la gente que está vulnerable en situación de calle, básicamente, aquellos que llamamos el ‘borderline’, que es en inglés, que están en el punto casi para hacerlo, aquella gente que de repente se quedó sin trabajo y que tiene una habitación o que tiene que pagar un alquiler y no llega. Aquellos jubilados que de repente ganan la mínima y no tienen para llegar porque no llegan, porque tienen que pagar, la mayoría de la gente alquila en la Ciudad de Buenos Aires, donde nosotros habitamos, o sea, ese es el comedor.

Entrevistado 4: Claro, de estar arriba podés estar abajo también... (Entrevista 24).

De aquí se desgrana que quienes brindan algún tipo de bien o servicio a la gente en situación de calle también lo hacen para aquellos que están en el “borderline”, es decir, la situación de carencia no es característica exclusiva de los primeros, sino que nuclea otros grupos con distintas intensidades. Lo que sí parece es que la “situación” de calle lejos esta de ser un acontecimiento pasajero, ya que se encuentra condicionado por las carencias estructurales de vivienda, educación, empleo, e ingresos bajos e inestables que menoscaban las oportunidades y dotan de carácter crónico a la problemática (Colautti et al., 2024).

Este estar en situación de calle es concreto y potencial, “de estar arriba puedes estar abajo”, da cuenta de una situación de fragilidad, es decir, según la etimología de la palabra de algo que puede romperse o deteriorarse con facilidad. En todo caso hablamos de una relación social caracterizada por la “ruptura y/o fragilidad de vínculos sociales, laborales y familiares, por las dificultades para cubrir necesidades materiales, simbólicas y afectivas, así como también por la vulneración de derechos sociales, económicos y culturales” (Di Iorio, 2019: 168).

Mucha gente que concurre a estos espacios es de provincia, vienen a trabajar a Capital, y otros son vecinos del barrio, personas con departamento pero con hambre. Esto lo recalca muy bien una conversación breve durante una entrevista con un vendedor ambulante de flores que abordó a personas bien vestidas para darles volantes sobre la olla de ese barrio:

- Entrevistada (2): *No, pero ellos no precisan...*
- Vendedor de Flores: *No, pero le damos a todos.*
- Entrevistada (2): *No no, pero a los que necesiten para comer.*
- Vendedor de Flores: *Ah, bueno, yo que se, yo los veo con cara de muerto de hambre a todos (risas). Porque todos estamos pobres, ¿o no? (Entrevista 9).*

¿Qué ven ellos cuando nos ven?, ¿Qué vemos nosotros al verlos?. Toda mirada se encuentra anidada en esquemas de percepción que requieren de quien percibe y de quien es percibido, ya que es un acto que necesita de la co-presencia, como del conocimiento y reconocimiento de estos esquemas (Sabido Ramos, 2016). Estos sentimientos que se generan con la mirada, como con cualquier otro receptor del cuerpo, son el resultado y antecedente de las emociones como efecto de los procesos de adjudicación y correspondencia entre las percepciones y las sensaciones. Se expresan miradas asociadas a las biografías y trayectorias de clase (Scribano et al., 2012).

La entrevistada al ver a los transeúntes no percibió que “necesitaran” de esos volantes e información al fin de cuentas, más el vendedor de flores, medio en broma medio en serio, percibió otra cosa. Sus sensaciones de los vecinos del barrio dan cuenta de la fachada o del nivel real de pobreza que percibe, y de algo hasta más provocador para el desinteresado, una semejanza (Goffman, 1997).

Lejos estamos de querer “romantizar” estas situaciones, las vivencias de quienes están en calle implican el transitar y asumir episodios de maltrato y violencia, como Eustáquio:

Entrevistado: *Me acuerdo un señor mayor que tiene como unos 70 y largos de años, hace muchos años que está en la calle, Eustáquio. Que estaba muy indignado un día, muy enojado porque lo habían echado de un lugar y me decía, me echaron como a un perro. Y él estaba en la calle y lo echaron, lo corrieron, le dijeron no te podés quedar acá y lo echaron de esa zona, de la vereda. (Entrevista 2).*

Sobrevienen emociones ligadas a la indignación y el enojo frente a un trato despectivo y deshumanizado que no los toma en cuenta más que como algo que molesta, un problema a solucionar. Se viven estos hechos extremos, se echa a una persona en situación de calle que no tiene a donde ir, y sobre todo se lo echa de la vereda, que es un espacio público. Así el espacio visibiliza una dimensión física, pero también subjetiva y afectiva (Di Iorio et al., 2021). Por eso algunos eligen hablar de “habitantes” de la calle, ya que el espacio público es un lugar de interacción y generación de vínculos, en el cual ellos en su cotidianeidad significan y modifican (Palleres e Hidalgo, 2018).

Aquí se vuelven interesantes las reflexiones de Sapey y Di Iorio (2023) en torno a los sentimientos que atraviesan a las personas en situación de calle como los del abandono, la impotencia, la indefensión y desesperanza; en un contexto que los mantiene en alerta y reactividad, en algunos casos más ansiosos y vigilantes, en otros más apagados, debido a las dificultades que presentan. Sumado a la situación el tener

que sobrellevar un estigma, el cual a través de la lectura de signos corporales exhibe algo malo o inhabitual en el estatus moral de quien lo presenta (Di Iorio, 2019; Goffman, 2006).

De todas maneras esto se vive con ambigüedad ya que el otro aparece como el causante de la indignación y el enojo, pero por otro lado también aparece como el posible apoyo a asir para sobrevivir y salir de la situación. Hay un tipo de acción reflexiva, estratégica que se genera a partir de las vivencias y la socialización en esta interrelación entre impresiones/percepciones/sensaciones de los otros, de los límites.

Entrevistada: Saben cuándo uno se enoja o saben cuándo uno le dice las cosas por el bien de ellos. Yo muchas veces le he dicho que ellos son hijos de rigor. Y dicen si hermana nos gusta que nos... Y ellos lo captan enseguida y me dice, sí, queremos que nos reten. (Entrevista 6).

Es llamativo que aun transitando situaciones complejas haya pequeños recovecos para el juego y la broma en el transcurrir de los encuentros.

Conclusiones

En definitiva, las sensaciones fruto de las experiencias en calles son de lo más diversas e intensas y no se las puede encorsetar fácilmente, ya que su amplitud es consecuencia de su configuración a partir de los contactos que tienen con su mundo interno y externo, su mundo social, subjetivo y natural; a través de los procesos de selección, clasificación y elaboración de las percepciones (Scribano 2012).

Algo claro de lo que dan cuenta las alrededor de 20 entrevistas realizadas a lo largo de la investigación es de la pluralidad de sujetos que concurren a estos espacios y la fragilidad de las dimensiones de su vida. Fragilidad que no es sinónimo de pasividad, aún con los signos de malestar físico y emocional por la situación, deben generar destrezas y conocimientos para sobrellevar la vida. Esto uno lo puede cotejar con quien llega por primera vez a uno de estos espacios, que avanza con timidez, rehuye al grupo, desconoce las dinámicas de funcionamiento.

Bibliografía

- Colautti, L., Grandes, M., Madelaire, L., & del Castillo, N. (2023). *Pobreza y situación de calle: un nuevo estudio en la ciudad de Buenos Aires. Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, 63(241), 287–312. <https://doi.org/10.59339/de.v63i241.650>
- De Sena, A., & Mona, A. C. (2014). A modo de introducción: La cuestión social, las políticas sociales y las emociones. En A. De Sena (Ed.), *Las políticas hechas cuerpo y lo social devenido emoción: Lecturas sociológicas de las políticas sociales* (pp. 9–18). Estudios Sociológicos Editora/Universitas Editorial Científica Universitaria.
- De Sena, A., & Dettano, A. (2020). Atención a la pobreza y consumo: Las intervenciones del “no alcanza”. En A. Dettano (Comp.), *Topografías del consumo* (pp. 139–178). Estudios Sociológicos Editora.
- Di Iorio, J. J. (2019). Vivir en situación de calle en contextos urbanos: Subjetividades en resistencia. *Revista Interamericana de Psicología / Interamerican Journal of Psychology*, 53(2), 167–179. <https://doi.org/10.30849/rip/ijp.v53i2.1>
<https://doi.org/10.15446/rcs.v43n2.82807>
- Di Iorio, J., Seidmann, S., Gueglio, C., & Rigueiral, G. (2016). Intervenciones psicosociales con personas en situación de calle: El cuidado como categoría de análisis. *Psicoperspectivas*, 15(3), 123–134. <https://doi.org/10.5027/psicoperspectivas-Vol15-Issue3-fulltext-838>
- Di Iorio, J., & Farías, M. (2020). Problematizar las relaciones espacio-sujeto-situación de calle: El caso del Censo Popular en Buenos Aires, Argentina. *Revista Colombiana de Sociología*, 43(2), 215–237.
- Di Iorio, J., Seidmann, S., Rigueiral, G. J., & Pistolesi, N. (2021). Cartografías de las marginaciones sociales: Procesos de subjetivación de personas en situación de calle en espacios urbanos. *Anuario de Investigaciones*, 27, 103–112.
- Genovesi, M. C. (2016). Presentación. En. Scribano, A., Vergara, G., Cervio, A., Machado Aráoz, H., Gandía, C., Lisdero, P. (Eds.). *Sensibilidades villeras boy: una búsqueda* (Documento de Trabajo N.º 6). Centro de Investigaciones y Estudios Sociológicos – Estudios Sociológicos Editora.
- Goffman, E. (1997). *La presentación de la persona en la vida cotidiana* (H. Torres & F. Setaro, Trans.). Amorrortu Editores.
- Goffman, E. (2006). *Estigma: La identidad deteriorada*. Amorrortu Editores.
- Sabido Ramos, O. (2016). Cuerpo y sentidos: El análisis sociológico de la percepción. *Debate Feminista*, 51, 63–80. <https://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S0188947816300317>
- Palleres, G., & Hidalgo, C. (2018). Conceptualización y medición de la situación de calle en la ciudad de Buenos Aires. *Revista Cuestión Urbana*, 2(3), –.
- Rosa, C. (2022). Habilitar en las calles de la Ciudad de Buenos Aires en tiempos de pandemia. *Papeles de Coyuntura*, 48, 62–77. <http://repository.unipiloto.edu.co/handle/20.500.12277/12223>
- Sapey, M., & Di Iorio, J. (2023). Entre la subsistencia y la supervivencia: Intersecciones entre situación de calle y salud mental en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. *Anuario de Investigaciones*, 29, 481–491.
- Scribano, A. (2007). Cuerpo, conflicto y sensaciones. En A. Scribano (Comp.), *Mapeando Interiores: Cuerpo, conflicto y sensaciones* (pp. 118–142). CEA-CONICET / Jorge Sarmiento Editor.
- Scribano, A. (2012). Sociología de los cuerpos/emociones. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 4(10), 91–111. <https://www.redalyc.org/pdf/2732/273224904008.pdf>

- Scribano, A. O., & Cena, R. B. (2013). Sensibilidades colonizadas: Imágenes del mundo, política de las emociones y políticas sociales desde una aproximación conceptual. *Yuyaykusun*, 6, 109–122.
- Scribano, A., Cena, R., & Peano, A. (2012). Políticas de los cuerpos y emociones en los sujetos involucrados en acciones colectivas en la ciudad de Villa María, 2001-2008. *Papeles del CEIC*, (77). <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/136354>
- Scribano, A., Herrera, J., del Mónaco, R., Ferreras, J. I., Dettano, A., Sánchez Aguirre, R., Bertone, J., Cervio, A. L., Boragnio, A., Chahbenderian, F., D'hers, V., Genovesi, M. C., & Reta, C. G. (2016). *Sensibilidades villeras hoy: una búsqueda* (Documento de Trabajo N.º 6). Centro de Investigaciones y Estudios Sociológicos – Estudios Sociológicos Editora.
- Scribano, A., Sánchez Aguirre, R., Herrera, J., Boragnio, A., Corredor, M., & Ferreras, J. I. (2017). *Notas para bucear una noción de experiencia* (Documento de Trabajo N.º 07). Centro de Investigaciones y Estudios Sociológicos – Estudios Sociológicos Editora.
- Tillet, A., & Paiva, V. (2019). Las organizaciones y la atención a las personas en situación de calle durante el período 2017-2019 en la ciudad de Buenos Aires. *XIII Jornadas de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires*.

Habitar la calle. Una indagación en torno a las políticas de las sensibilidades de las personas en situación de calle en CABA

María Sol Taborda Camacci

UBA, Estudiante de Sociología. Email: solcamacci@gmail.com

Resumen:

El presente trabajo analiza cómo la experiencia de exclusión configura formas específicas de habitar el espacio urbano entre las personas en situación de calle en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, entendiendo el habitar como un proceso de uso, apropiación y significación del espacio. A partir de entrevistas a referentes de organizaciones de diversa procedencia –civiles, religiosas, políticas, vecinales, entre otras–, dedicadas a la asistencia de este sector, se observa cómo dicha experiencia, que implica no sólo privación material, sino también pérdida de reconocimiento, estigmatización y marginación social, modela afectos, percepciones y prácticas cotidianas que tienden a favorecer una lógica de adaptación a la exclusión. Asimismo, se destaca la relevancia del capital espacial y de las redes sociales no solo como recursos esenciales para la supervivencia en la calle, sino también como soportes para la configuración de políticas de las sensibilidades que se oponen a la lógica de la exclusión y el aislamiento, impulsando la construcción de vínculos solidarios y de redes de reciprocidad.

Palabras clave: habitar – exclusión – capital espacial – redes sociales – políticas de las sensibilidades.

Introducción

En el distrito más rico del país, cada vez más gente vive en la calle: según los resultados preliminares del tercer censo popular de personas en situación de calle en CABA, casi 12 mil personas habitan las calles porteñas (CELS, 2025). Mientras que, más que orientarse al fortalecimiento o a la ampliación los dispositivos de asistencia vigentes, las acciones desplegadas por el Gobierno de la Ciudad se han dirigido prioritariamente hacia estrategias de control y regulación del uso del espacio urbano, configurando así un marco institucional que incide tanto en la reproducción de las dinámicas de exclusión como en la persistencia de los procesos de estigmatización que afectan a este sector de la población.

En este marco, la noción de habitar no será comprendida simplemente como residir, poblar u ocupar un espacio, sino que recuperará el sentido amplio que otorgara Giglia a dicha categoría, entendida como la “capacidad humana de reconocer, interpretar y significar el espacio [...] y ubicar su presencia en relación con un conjunto de puntos de referencia, colocándose al centro de ellos, reconociendo y al mismo tiempo estableciendo un orden espacial” (Giglia, 2012: 13). Desde esta perspectiva, no todas las formas de habitar el espacio urbano son igualmente reconocidas o legitimadas socialmente: aquellas que se ajustan a los marcos normativos dominantes tienden a ser aceptadas e incluso promovidas, mientras que las que los transgreden o se sitúan por fuera de esos límites tienden a ser percibidas como problemáticas o ilegítimas.

Estas formas de habitar la ciudad y, particularmente, “la calle”, entrañan determinadas políticas de las sensibilidades, entiéndase un conjunto de prácticas sociales cognitivo-afectivas orientadas a producir y reproducir ciertas disposiciones, formas de acción y esquemas de percepción vinculados a la organización de la vida cotidiana, la gestión del tiempo y el espacio, y los modos de clasificación y valoración del mundo (Scribano y Lisdero, 2019). En las páginas que siguen se propone indagar en las políticas de las sensibilidades que configuran y son configuradas por dichas formas de habitar.

El presente trabajo se inscribe en el marco del proyecto de investigación “Pobreza, Emociones y Mundo digital: Políticas de las Sensibilidades en CABA, 2024-2026”, a cargo de Adrián Scribano y María Victoria Mairano. El mismo se propone comprender el lugar de lo digital en el establecimiento de determinadas políticas de las sensibilidades que organizan la vida de las personas en situación de pobreza que residen en CABA, durante el período 2024-2026. Específicamente, el proyecto se orienta a explorar la importancia e impacto del acceso al mundo virtual/móvil/digital en las prácticas de interacción de las personas en situación de pobreza; a conocer y describir los usos que hacen de lo digital las personas en situación de pobreza; y a identificar y sistematizar las emociones de las personas que se construyen y socializan a través de las plataformas, aplicaciones y redes sociales.

Con el propósito de abordar los objetivos propuestos, se sistematizó la información disponible sobre las personas en situación de pobreza por comuna, considerando los distintos tipos de experiencias, tales como la situación de calle, la asistencia a comedores, entre otras. A partir de esta sistematización, se llevaron a cabo entrevistas individuales a técnicos, voluntarios, empleados y otros actores involucrados en la intervención sobre la pobreza, con el fin de captar las sensibilidades de los informantes como un primer mapeo de las emociones vinculadas a lo digital.

El análisis que se presenta a continuación se propone focalizar en la experiencia de las personas en situación de calle, enfocándose en las políticas de las sensibilidades implicadas en sus formas de habitar la ciudad y, particularmente, la calle.

Marco Teórico

Como bien advierten Marcus y Peralta (2021), existe una distancia y contradicción permanentes entre el espacio público armonioso, ordenado y previsible, y el espacio urbano real, conflictivo, caótico e imprevisible. Así pues, las definiciones normativas de la calle confrontan con una realidad en donde ésta, además de un lugar de tránsito, es un punto de encuentro, espacio de expresión, lugar de trabajo y más. En este sentido, podemos definir la calle como un terreno en disputa en donde confrontan diferentes usos, sentidos, afectos; un espacio socialmente construido que se compone de un entramado complejo de vínculos sociales, afectivos, prácticas, representaciones, etc. (Marcus y Peralta, 2021).

Lefebvre (2013) ofrece un marco conceptual útil para organizar estas reflexiones, al entender el espacio social como el resultado de una relación dialéctica entre las prácticas espaciales (espacio percibido), las representaciones del espacio (espacio concebido) y los espacios de representación (espacio vivido). Las prácticas espaciales remiten a los modos en que una sociedad organiza y utiliza el espacio en su cotidianidad, modelándolo a lo largo del tiempo. Las representaciones del espacio, por su parte, corresponden a las construcciones teóricas, técnicas e ideológicas elaboradas por planificadores, urbanistas y otros agentes del saber experto; estas representaciones se materializan en proyectos que orientan y condicionan ciertas prácticas socio-espaciales. Lefebvre (2013) entiende estas representaciones como una síntesis de conocimiento e ideología, y en este sentido afirma que el espacio concebido es también el espacio del poder, en tanto intenta imponerse sobre el espacio percibido y vivido. Finalmente, los espacios de representación aluden a la dimensión simbólica y afectiva de la experiencia espacial: son las intervenciones del imaginario social sobre el espacio, producidas a partir de las vivencias, narrativas y significaciones que las sociedades construyen históricamente.

La tríada conceptual que propone Lefebvre (2013) es particularmente productiva a la hora de pensar la producción del espacio urbano. Aplicada al contexto de la Ciudad de Buenos Aires, permite advertir una tendencia persistente por parte del gobierno local a imponer el espacio concebido por sobre el espacio vivido y el espacio percibido, utilizando la publicidad oficial como cadena de transmisión para instalar un sentido común en relación a los usos legítimos del espacio.

La calle puede ser comprendida, asimismo, a partir de los modos en que es habitada, entendiendo la noción de habitar en el sentido propuesto por Giglia (2012), que la define como una capacidad específicamente humana que implica dotar de sentido al espacio a través de su reconocimiento e interpretación, situando la propia presencia en relación con diversos puntos de referencia y estableciendo, a partir de ello, un orden espacial. Desde luego, ciertas formas de habitar el espacio urbano en general, y la calle en particular, son socialmente más reconocidas y validadas que otras, en la medida en que se ajustan a las definiciones normativas del espacio –lo que Lefebvre (2013) denomina espacio concebido–, mientras que otras formas de habitar resultan disruptivas, al desbordar o desafiar dichos marcos normativos. Las personas en situación de calle cristalizan estas formas de habitar disonantes en tanto tienden a resignificar la ciudad conforme a una lógica de subsistencia, transgrediendo el uso prescrito del espacio urbano.

Estas formas de habitar la ciudad y, particularmente, “la calle”, entrañan determinadas políticas de las sensibilidades que estructuran la vida cotidiana, orientan la gestión del tiempo y del espacio, y regulan los criterios de clasificación y valoración del mundo (Scribano y Lisdero, 2019).

En este sentido, según Paiva, la calle puede pensarse también como una forma específica de capital: el capital espacial, entendido como “el conjunto de recursos asociados al espacio que posee un sujeto” (2023: 4). Siguiendo a Ololaza y Blanco (2015), este capital puede pensarse como los recursos que detenta el territorio y que inciden en la calidad de vida del sujeto –infraestructura, servicios, transporte o accesibilidad–, las relaciones sociales posibilitadas por la ciudad o el conjunto de trayectos a los que tiene acceso un sujeto tanto por el lugar donde vive y trabaja, como por su rango de movilidad. Las personas en situación de calle no están desprovistas de este tipo de capital; por el contrario, su acceso y manejo se vuelven fundamentales, especialmente en lo que respecta a las redes sociales.

De acuerdo con la definición propuesta por Dettmer y Reyna (2014), las redes sociales pueden entenderse como tramas de vínculos interpersonales a través de las cuales circulan bienes materiales, afectos, información y formas de ayuda mutua, constituyendo un soporte clave en la vida cotidiana. Lejos de encontrarse atomizadas, las personas en situación de calle despliegan activamente estrategias para construir y sostener estos lazos: establecen relaciones con vecinos que les ofrecen alimentos o

medicamentos, conforman “ranchadas” con otros en su misma condición, y entablan vínculos con comerciantes que les permiten acceder a espacios seguros o protegidos.

Por último, resulta pertinente incorporar una perspectiva centrada en los procesos de exclusión social, como sugiere Calle-Espinosa (2018), para comprender cómo ciertas dinámicas estructurales expulsan a determinados sujetos de los circuitos institucionales, económicos y simbólicos de integración. La calle, en este marco, puede ser leída como una expresión espacial de dicha exclusión, que no se limita a la privación material, sino que también implica la pérdida de reconocimiento, la estigmatización y la indiferencia social.

“Algunas personas tienen tantos años de estar en la calle que casi como desde lo psicológico es su casa”²

Las personas en situación de calle constituyen una manifestación tangible y extrema de la exclusión social, que no se reduce a la privación material, sino que implica también la pérdida de reconocimiento, la estigmatización y la exposición al maltrato o la indiferencia (Calle-Espinosa, 2018). Los testimonios recogidos en entrevistas no hacen más que corroborar esta idea: la experiencia de vivir en la calle siempre aparece marcada por la soledad, la ausencia de redes de contención, el abandono familiar, la violencia institucional y el progresivo deterioro de la salud física y mental. *“El factor más fuerte, más común en todos ellos es la soledad, la falta de red.”* [Voluntario en Amigos en el Camino].

La experiencia de la exclusión se manifiesta en formas específicas de habitar, esto es, de reconocer, interpretar y significar el espacio urbano (Giglia, 2012). Las personas en situación de calle tienden a resignificar la ciudad y, particularmente, la calle desde una lógica de supervivencia: para ellas, no se trata simplemente de un espacio de tránsito, sino también de un lugar de pernocte, trabajo, sociabilidad e, inclusive, residencia. Estas formas de habitar tienden a ser percibidas como disruptivas en la medida en que desbordan los marcos normativos dominantes y transgreden los usos prescritos del espacio urbano, siendo por ello frecuentemente percibidas como ilegítimas o problemáticas.

Siguiendo a Lefebvre (2013), esta conflictividad puede entenderse en términos de una disputa entre el espacio concebido y el espacio vivido y percibido. Mientras el Gobierno de la Ciudad busca imponer determinadas representaciones del espacio urbano, prescribiendo ciertos usos y proscribiendo otros, las personas en situación de calle no sólo desobedecen estas normativas al reapropiarse del espacio

² Voluntario en Amigos en el Camino.

según sus propias prioridades, necesidades y deseos, sino que también disputan esas representaciones desde sus experiencias, narrativas y significaciones.

Esta confrontación con el orden urbano dominante no solo convierte a las personas en situación de calle en figuras incómodas, sino también en blanco de políticas punitivas por parte del Gobierno de la Ciudad, que en lugar de brindar asistencia, opta por desplegar estrategias de control, persecución y criminalización que no hacen más que profundizar los mecanismos de exclusión y estigmatización que pesan sobre este sector de la población. Según advierte el CELS, durante el último año se ha intensificado en la Ciudad de Buenos Aires el maltrato ejercido por agentes de seguridad porteños hacia personas en situación de calle, quienes son despojadas de sus pertenencias, expulsadas de los lugares donde se asientan, sometidas a requisas irregulares, a violencia física y verbal, e incluso a detenciones arbitrarias. Esta situación es corroborada también por los testimonios de las personas entrevistadas.

Hay una situación, digamos, de violencia y de represión en el sentido de que... hay una persecución, vamos a decir, todo es encubierto. Porque la gente, de repente, está cartoneando o está sacando cosas de los basureros o está, digamos, ganándose el pan; viene con un carrito y, de repente, le quitan el carrito. De repente, vienen y le empiezan a pedir documentos. De repente, no tiene documentos: los perdió, o por lo que sea; porque está en la calle, porque se le mojaron. Entonces, hay, digamos, una indisposición para la gente en situación de calle, que hablamos que hay más de 8.000 personas que viven en la calle en la Ciudad. Entonces, en vez de haber, de parte, digamos, de las autoridades, una ayuda para la gente que es más vulnerable, lo que hay es más bien lo contrario. [Voluntario en el Comedor de Barrancas “El Gómero”].

Nosotros tenemos un compañero que viene a cocinar y que también está en situación de calle, no en Carbonilla, pero a dos cuadras. Y lo que comenta él es que, *desde diciembre para este lado, la violencia aumentó en muchos sentidos. Él es un compañero que, además de estar en la calle, es cartonero, y que tiene una ranchada de compañeros cartoneros. Allá le sacaron, el Gobierno de la Ciudad le sacó tres veces su herramienta de trabajo. [Militante popular en el Comedor “La Carbonilla”].*

Estas formas de habitar la ciudad y la calle no sólo expresan la exclusión, sino que también contribuyen a reproducirla a través de lo que Scribano y Lisdero (2019) conceptualizan como políticas de las sensibilidades: esquemas afectivos y perceptivos que estructuran cómo se percibe, siente, dispone y actúa en el mundo. Estas políticas configuran patrones de disposición, cognición y acción que naturalizan determinadas formas de vida, inscribiendo en los cuerpos y en las prácticas cotidianas una lógica de adaptación a la exclusión que, a su vez, consolida su permanencia y dificulta su transformación. Diversos relatos recopilados en las entrevistas reflejan cómo la experiencia cotidiana de la exclusión se internaliza y resignifica en las subjetividades de quienes habitan la calle.

Entrevistada (1): Pero ponele, una señora que quedó en situación de calle hace más de 30 años, super querida en el barrio, ahí en Belgrano, Cristina. Todo el mundo la ayudaba, le llevaba cosas, se quedaba charlando con ella, o sea, 30 años en la calle. Una señora que tenía 80 años. En incontables oportunidades vinieron de buena manera a llevársela a un hogar, porque hay hogares para personas adultas.

Entrevistada (2): Ancianas, sí.

Entrevistada (1): Claro, eso, ancianas. Nunca quiso, porque ella decía: *“Yo ya hace 30 años que estoy en la calle, me voy a morir en la calle”*. Y no quería, no quería, no quería. [Voluntarias de una Asamblea].

Ahora bien, esta lógica de adaptación a la exclusión no opera de manera unívoca ni pasiva, sino que coexiste en tensión con una lógica de supervivencia desde la cual las personas en situación de calle elaboran diversas estrategias para habitar y reapropiarse del espacio urbano. En este proceso, el acceso y manejo del capital espacial, entendido como el conjunto de recursos que el territorio ofrece y que inciden directamente en la calidad de vida, adquiere un papel central (Apaolaza y Blanco, 2015). Entre estos recursos, las redes sociales ocupan un lugar privilegiado: concebidas por Dettmer y Reyna (2014), como entramados de vínculos interpersonales a través de los cuales circulan bienes materiales, afectos, información y formas de ayuda mutua, constituyen un sostén imprescindible en la vida cotidiana en la calle, tal como se ejemplifica en muchos de los relatos compartidos durante las entrevistas.

Nosotros empezamos a abrir a las 7 de la tarde, con cierta puntualidad inglesa. A las 4.30 tenes gente sentada ahí, en el cordoncito, tiqui tiqui tiqui. Y empiezan a charlar y charlan y charlan entre ellos... O se pasan la data: -'Ah, hoy en Plaza de Mayo entregan empanadas, después de las 8, así que ahora nos vamos para Plaza de Mayo', porque alguien le dijo... [Militante de Buenos Aires 3D].

A partir de estas experiencias de construcción de formas colectivas de identidad y pertenencia en el mundo de la calle, como así también de los vínculos que se tejen con quienes brindan ayuda, se modelan políticas de las sensibilidades que resisten a la lógica de la exclusión y el aislamiento. Estas tramas afectivas y perceptivas posibilitan el tejido de redes de solidaridad recíproca, capaces de subsanar la falta de reconocimiento, la estigmatización y la indiferencia social, tal como se evidencia en numerosos testimonios recogidos en las entrevistas.

Una de las ofensas, de los dolores fuertes, es la indiferencia. Y es así, es muy fuerte eso, es muy fuerte. Por eso, cuando uno puede mirarlos, hablar, compartir algo, viste, te das cuenta que nada, es súper eso, eso es lo que dicen. Eso es muy valorado también. Y después, viste, ya te ven y te sonríen apenas te ven llegar, viste. -"Vení, vamos a charlar un rato", te dicen, viste. Como que hay otras necesidades que no son solo las del cuerpo sino más espirituales o emocionales digamos. [Voluntario en Amigos en el Camino].

Así pues, tanto la supervivencia como la marginalidad pueden leerse como distintas formas de expresión de tales políticas de las sensibilidades.

Comentarios finales

Las personas en situación de calle habitan el espacio urbano de maneras que suelen ser interpretadas como disruptivas, en la medida en que lo resignifican a partir de diversas estrategias de

subsistencia. Para quienes viven en la calle, este espacio no se limita a ser un lugar de tránsito, sino que adquiere múltiples funciones: es espacio de descanso, de trabajo, de socialización e incluso de residencia. Esta reapropiación del espacio urbano, al desbordar los usos socialmente prescritos del espacio público, suele ser percibida como ilegítima o conflictiva, siendo objeto de prácticas de criminalización y hostigamiento. Estas formas de habitar la ciudad y, particularmente, la calle, están indefectiblemente atravesadas por la experiencia de la exclusión, entendida tanto en términos de privación material como de pérdida de reconocimiento, estigmatización e indiferencia social.

Los relatos compartidos en el marco de las entrevistas muestran cómo la experiencia de la exclusión se inscribe en las subjetividades, configurando lo que Scribano y Lisdero (2019) denominan políticas de las sensibilidades. A través de ellas, se moldean afectos, percepciones y prácticas cotidianas que promueven una lógica de adaptación a la exclusión, contribuyendo así a su reproducción y dificultando su superación. Esta adaptación, sin embargo, no se limita a quienes habitan la calle: la sociedad en su conjunto también incorpora y naturaliza cotidianamente la exclusión. Escenas como la de personas durmiendo en la vía pública, consumiendo en espacios visibles o instalándose en asentamientos precarios dentro de zonas centrales de la ciudad han dejado de provocar indignación o asombro, convirtiéndose en parte del paisaje urbano. Este proceso de habituación tiende a insensibilizar frente al sufrimiento ajeno, contribuye a la naturalización de la marginalidad y alimenta una aceptación resignada de la fractura del lazo social.

No obstante, se pueden constatar distintas formas de expresión de esas políticas de las sensibilidades. En esta línea, los testimonios también revelan la existencia de políticas de las sensibilidades que se oponen a la lógica de la exclusión y el aislamiento. Estas se manifiestan en los vínculos construidos con quienes brindan ayuda, en el valor atribuido a la escucha, en los momentos de alegría compartida y en la posibilidad de forjar formas colectivas de identidad y pertenencia dentro del mundo de la calle. Tales experiencias se entretajan en tramas afectivas y perceptivas que promueven la construcción de redes de solidaridad recíproca, capaces de quebrar la indiferencia social y de cuestionar la asimilación de la exclusión y la marginalidad como elementos naturalizados del paisaje urbano.

Bibliografía

- Calle-Espinosa, C. (2018). Diferenciación entre pobreza y exclusión para su correcta identificación en un ámbito urbano intermedio. *Sociedad y Economía*, 35, 78-96.
- Centro de Estudios Legales y Sociales. (2025, 7 de julio). La vida en riesgo: Personas en situación de calle. Consultado el 10 de julio de 2025, <https://www.cels.org.ar/web/2025/07/la-vida-en-riesgo-personas-en-situacion-de-calle/>
- Dettmer, J., & Reyna, A. (2014). El análisis de redes sociales y su aplicación al campo de las ciencias sociales. *IV Encuentro Latinoamericano de Metodología de las Ciencias Sociales*. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Centro Interdisciplinario de Metodología de las Ciencias Sociales.
- Giglia, A. (ed.) (2012). *Habitar, orden cultural y tipos de hábitats*. En *El habitar y la cultura: Perspectivas teóricas y de investigación* (pp. 9–26). Anthropos Editorial; División de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa
- Lefebvre, H. (2013). Plan de obra. En *La producción del espacio* (pp. 96-104). Capitán Swing.
- Marcus, J., & Peralta, M. A. (2021). La calle en disputa. Narrativas sobre los usos legítimos e ilegítimos del espacio público en la Ciudad de Buenos Aires. *Revista de Antropología Iberoamericana*, 16, 347-370.
- Ololaza, R., & Blanco, J. (2015). Sobre capacidades, experiencias y posibilidades de uso y apropiación de la ciudad: Breve estado del arte del concepto de capital espacial. *XI Jornadas de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires*.
- Paiva, V. (2023, mayo-octubre). Personas en situación de calle. Redes, capital espacial y vida cotidiana. Ciudad de Buenos Aires 2017-2023. *AREA*, 29, 1-13.
- Scribano, A., & Lisdero, P. (2019). *Digital labor, society and politics of sensibilities*. Palgrave Macmillan.

“Vidas marcadas”: tatuaje, pobreza y sensibilidades

Paula Varela-Fernández

Universidade da Coruña (UDC), Equipo de Sociedades en Movimiento (ESOMI). Máster Universitario en Estudios Avanzados en Antropología Social y Cultural (UCM), Doctoranda en Ciencias Sociales y del Comportamiento (UDC). Email: p.varelaf@udc.es

Resumen:

Aunque el capitalismo digital profundiza desigualdades, también genera nuevas formas de circulación cultural. En este contexto, prácticas como el tatuaje se expanden y se vuelven más accesibles, convirtiéndose en un fenómeno de consumo más amplio, especialmente en ciudades como Buenos Aires. El texto propone estudiar el tatuaje en contextos de pobreza urbana como una forma de expresión corporal que refleja las experiencias de la calle. Finalmente, se sugiere que el tatuaje puede funcionar como una herramienta de construcción de identidad y como una vía para generar nuevas formas de sociabilidad, sensibilidad y subjetividad en contextos de marginalidad.

Palabras clave: Circulación cultural – Tatuaje – Identidad - Subjetividades.

Introducción

La cotidianeidad de las personas en situación de pobreza en Argentina no ha sido ajena a la transformación de los mecanismos de producción y distribución de los recursos en la actual era digital (Renzo, 2020). A este respecto, la sociología de los cuerpos/emociones (Scribano, 2012) ofrece un marco analítico clave para la observación de las lógicas de digitalización globalizante que afectan a las sociabilidades y a las políticas de las sensibilidades de las personas en situación de pobreza que residen en CABA.

Si bien los circuitos del capitalismo moderno acentúan la desigualdad, las dinámicas digitales han supuesto también el surgimiento de nuevos métodos de difusión de la información dentro de la cultura popular. Esta creciente accesibilidad trajo consigo la expansión de fenómenos como el tatuaje que, aun proviniendo de sectores subalternos, se ha convertido en un objeto de consumo habitual en Argentina – especialmente en núcleos urbanos como CABA– y en todo el mundo.

En el marco del proyecto sobre *Pobreza, Emociones y Mundo digital: Políticas de las Sensibilidades en CABA, 2024-2026* del Instituto de Investigaciones Gino Germani, a continuación se realizará una aproximación al uso del tatuaje en los escenarios marginalizados de la ciudad de Buenos Aires. Se trata de una exploración, una invitación a contemplar los *cuerpos en la calle* –la presencia de los cuerpos en el espacio público– y la *calle en los cuerpos* –la encarnación de las lógicas urbanas y sus códigos culturales, violencias y afectos–. La finalidad es ofrecer una perspectiva introductoria y, a su vez, una mirada amplia y crítica en torno al consumo de tatuaje entre personas en situación de pobreza. Mediante experiencias concretas de campo, se pretende exponer el modo en que las lógicas urbanas y digitales moldean la corporalidad y cómo, dentro de estas dinámicas, el tatuaje puede propiciar experiencias alternativas de sociabilidad, sensibilidad y subjetividad.

Aproximación teórica: resignificación del tatuaje

Desde sus orígenes, el tatuaje se ha configurado como un fenómeno complejo y difícilmente clasificable, debido a la pluralidad de significados y emociones que orbitan a su alrededor. Investigaciones apuntan a que las diversas manifestaciones de este tipo de modificación corporal están vinculadas a procesos rituales, sistemas de creencias y esquemas identitarios, constituyendo una tradición milenaria alrededor del mundo (Turner, 2007). En este sentido, destacan las poblaciones aborígenes africanas, polinesias y amazónicas, cuya rica tradición iconográfica se refleja ampliamente en el tatuaje.

A finales del siglo XVIII, el marcaje de la piel comienza a popularizarse en Estados Unidos y Europa como consecuencia de las expediciones y actividades navales en América y Oceanía. Esta

expansión vino acompañada de una mirada no pocas veces etnocéntrica y *exotizante* (Said, 2008) que situó al tatuaje en contextos circenses y estratos sociales marginales –como reclusos, marineros o militantes–. Estos procesos de *transculturación* (Martínez Rossi, 2011) no fueron ajenos al contexto latinoamericano, donde la reinterpretación del tatuaje trajo consigo nuevas modalidades de violencia y alteridad (Cerbino, 2011), como también solidaridades y resistencias (Porzio, 2012).

Como punto de partida a la hora de abordar el impacto del tatuaje en contextos de pobreza, conviene considerar las contradicciones habituales dentro de las lógicas de reproducción social. Esto supone reconocer que el tatuaje está atravesado por narrativas que no responden a un esquema homogéneo ni lineal, puesto que en él coexisten sensibilidades tan diversas como la propia *subjetividad vivida* (De Sena y Herrera Nájera, 2022). De este modo, la pluralidad de condiciones de desigualdad en contextos urbanos (Cervio, 2023) exige una amplitud de perspectivas acorde a la complejidad del tatuaje como objeto de consumo inmerso en la cultura digital (Scribano y Lisdero, 2018).

En aras de preservar este enfoque transversal, el análisis que a continuación se detalla incluye fragmentos de entrevistas grupales a personas en situación de calle –en comedores comunitarios de los barrios porteños de Monserrat y Palermo– y a profesionales dedicados a la realización y documentación del tatuaje. Debido al componente visual inherente al marcaje de la piel, las citas se complementan con un registro fotográfico producido durante la inmersión etnográfica.

Análisis: tatuaje y subjetividades en contextos de pobreza

En la actualidad, ciertos códigos culturales asociados a la alteridad han sido progresivamente absorbidos por el engranaje capitalista, perdiendo su carácter marginal:

... figuras con éxito adoptaron tendencias de modificación corporal que antes estaban mal vistas porque pertenecían a escalafones sociales bajos como los presos, los pobres (...) las redes sociales exponen el cuerpo de una manera más directa (...) en un partido de fútbol ves a todos llenos de tattoos. (Tatuador).

... crecí en el Conurbano (...) el tattoo era algo alternativo, era difícil explicar que es un trabajo (...) se fue transformando completamente... reality shows, locales de ropa o bares (...) figuras públicas se tatuaron mucho, futbolistas, gente exitosa (...) eso abrió mucho y nos dio mucho trabajo. (Tatuador).

La integración del tatuaje en los circuitos de legitimación y consumo estandarizado ha favorecido su apertura a un público cada vez más amplio, presentándose incluso como una salida laboral y creativa en contextos de pobreza:

... adquirir un equipo de tatuaje fácilmente (...) pedirlo y tenerlo a los dos días en casa hizo que en los barrios vulnerables haya gente que tatúa y está tatuada bastante bien (...) el tatuaje llegó a todos lados (...) a los que tienen inquietudes artísticas y viven en lugares vulnerables los puede ayudar mucho, tatuar los puede sacar adelante

(...) vives en una villa, te pones a pintar y, ¿quién te va a comprar un cuadro?, pero tatuar es algo que puede funcionar mejor. (Tatuador).

Considerando los procesos de aceleración contemporáneos (Rosa, 2005), la integración del tatuaje en los circuitos de acumulación naturaliza la consideración del cuerpo como un recurso (Scribano y Vergara, 2009) y su modificación como un marcador de clase. Esto es así en la medida en que el nivel socioeconómico afecta directamente a la calidad de los materiales empleados, a los recursos técnicos, a la velocidad y salubridad del proceso y, en suma, al resultado final. No obstante, dado que esta racionalidad instrumental diluye el capital simbólico del tatuaje —al disminuir el valor de las relaciones sociales que lo producen—, la calidad y autenticidad del tatuaje pueden llegar a cuestionarse:

... la gente que más acceso tiene al dinero acaba teniendo los peores tatuajes... es un tema más de información y compromiso que de dinero... el dinero no está relacionado con la calidad del tatuaje, sí con el acceso al material, a las mejores tintas, a los mejores libros... pero después los tatuajes «no dicen nada» (...) son impecables, perfectos, casi hechos por una máquina. (Tatuador).

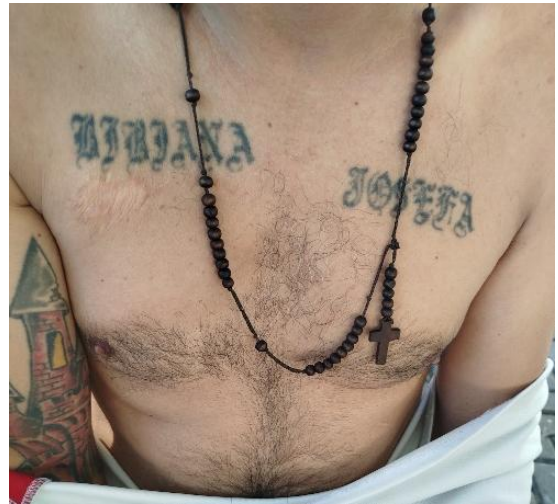
En cuanto a las ecologías emocionales vinculadas al consumo de tatuaje en entornos de pobreza, este posee un importante potencial de preservación del recuerdo, funcionando como un memorial activo e *in-corporado*: “... no te duele como te dolía en ese momento, no es la misma bebida, pero es un memorial y te devuelve a ciertos puntos de tu vida que son para vos, es un *mapping*” (Tatuador).

Esta facultad de encarnar recuerdos se torna especialmente significativa en contextos carentes de representación mediante los dispositivos formales de legitimación y producción de memoria. El tatuaje opera como un mecanismo biográfico de soporte material y emocional ante sucesos trascendentes, una capacidad clave considerando el carácter multidimensional de la pérdida —material, identitaria, afectiva, simbólica— en circunstancias de pobreza y aislamiento social:

... cuando falleció mi mamá me hice mi primer tatuaje, el nombre de ella... me gustó y después me hice el nombre de mi sobrino porque lo amo (...) me quiero hacer más pero ahora busco, primero, comer... me gusta el arte, me gustaría aprender a tatuar (...) a veces miro los tatuajes y me agarra nostalgia... me siento re solo, extraño a mi mamá, a mi sobrino. (Usuario del comedor, Imagen 1).

... tengo el nombre de mi mamá, el de mi abuela y el de una ex que murió (...) las estrellas también significan haber perdido a un ser querido. (Usuario del comedor, Imagen 2).

Imágenes 1 y 2: (de izq. a der.) piezas de tatuaje de usuarios del comedor

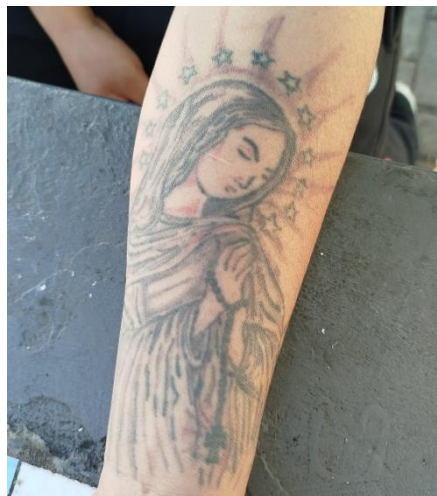


Fuente: elaboración propia.

El acto de tatuarse puede operar como un mecanismo de reconexión simbólica con sistemas de significados compartidos. En contextos de marginalidad –como el de las personas en situación de calle–, emergen narrativas identitarias que articulan creencias, valores y aprendizajes inscritos en los códigos propios de la vida en la calle:

... andaba haciendo cosas que no se tienen que hacer y me puse esta virgen porque era un matón y, en la jerga de la calle, le dicen la Virgen de los Sicarios (...) estos tatuajes los tengo de hace rato pero, con el tiempo, me di cuenta de que esto está mal... porque La Biblia dice que «no te harás imagen» (...) mi vida cambió (...) esto está mal, nadie tiene que hacerse tatuajes, ni cortes, ni pelear... uno lee La Biblia y cree en lo que lee... yo estoy pasando por ese momento. (Usuario del comedor, Imagen 3)

Imagen 3: pieza de tatuaje de usuario del comedor



Fuente: elaboración propia.

... tengo un corazón en el brazo (...) era chica, tenía 14 (...) me lo hice hace unos 30 años, y casi todos los que tenían tatuajes eran gente complicada (...) me lo quería sacar porque sentía que era algo de reclusa... ahora ya no es así, al final no me lo saqué, quedó ahí y es un recuerdo. (Usuaría del comedor).

... este es de una banda de rock... me gusta mucho la música, escucho rock y mi cabeza se va para otro lado, me hace bien. (Usuario del comedor).

La observación del tatuaje en entornos precarizados no solo ofrece claves para comprender su dimensión simbólica, sino que también permite analizar sus mecanismos técnicos de producción. En este contexto, no es inusual que la práctica del tatuaje se desarrolle en condiciones informales que implican la resignificación de recursos materiales y la circulación de saberes no institucionalizados. Esta modalidad de tatuaje, habitualmente denominado *tumbero* –voz lunfarda referida a la *tumba* como sinónimo de cárcel–, evidencia una agencia creativa cuyo marco epistémico reafirma la eficacia contestataria y expresiva del tatuaje en circunstancias de marginalidad y encierro:

... me armaron una máquina casera y con eso empecé a tatuar en la cárcel. (Usuario del comedor)

... las máquinas de tatuaje tumbero se hacen con maquinillas de afeitar y tinta de lapicero. (Usuario del comedor, Imagen 4)

Imagen 4: piezas de tatuaje de usuario del comedor



Fuente: elaboración propia.

... este me lo hice en la calle cuando era chico (...) me lo hice yo mismo con tinta de lapicero y una aguja. (Usuario del comedor).

A mayores, es posible interpretar la experiencia del tatuaje como una suerte de canalización emocional mediante el dolor, como un tipo de terapia somática a través del sufrimiento que ofrece una cierta sensación de control o catarsis emocional ante situaciones de carencia, crisis y baja autoestima:

... tenemos tendencia a flagelarnos, a autodestruirnos (...) cortarse, quemarse con cigarrillos, tatuarse para autoflagelarse (...) la parte oscura dentro de nosotros de «me da igual, me voy a hacer un tatuaje y sé que me va a doler» (...) te pones ahí a que te hagan daño (...) tener que soltar emociones por algún lado y enfocarlo así. (Documentalista de tatuaje callejero).

El tatuaje ofrece una vía de acceso privilegiada a los códigos compartidos que remiten a universos simbólicos situados –como el de las vivencias carcelarias o la cultura futbolística popular argentina–. Estas inscripciones, además de reflejar colectividades, remiten a biografías donde la violencia se materializa también en forma de cicatrices –un rasgo común en la experiencia encarnada de los/as informantes:

... el tatuaje de River me lo hice a los 15 años y tengo 38 (...) nunca me dijeron nada, y eso que me metía en las partes más jodidas de La Boca (...) ¿ves este hueco?, esta cicatriz es de un tiro... por la zona sur de Florencio Varela, me subí a un auto, tenían una escopetita y me metieron un par de tiros, pero no pasó derecho. (Usuario del comedor, Imagen 5).

Imágenes 5 y 6: (de izq. a der.) piezas de tatuaje futbolero de usuarios del comedor



Fuente: elaboración propia.

... el nombre de mi mamá me lo hice porque no la veía mucho... me lo hice a los 12 años (...) en la Villa 31, hay un montón de locales de tatuaje allí. (Usuario del comedor, Imágenes 7 y 8).

Imágenes 7 y 8: piezas de tatuaje de usuario del comedor



Fuente: elaboración propia.

El cuerpo se configura, por tanto, como un soporte estratégico de expresión e instrumentalización del dolor, que conlleva también ciertas reorientaciones y *tácticas del cuerpo* (Diz, 2018):

... los cinco puntos quieren decir la muerte de un policía... cuatro chorros y un policía en medio (...) un policía y los cuatro delincuentes que lo están... bueno, me lo hice yo mismo para que no se note y no me lo vea la yuta. (Usuario del comedor).

... tiene dos significados, el del medio puede ser un policía o puede ser el ladrón al que están atrapando (...) cuando era chico me lo borré... cuando caí preso, un policía me pisó la mano por tener los cinco puntos, así que me puse una M para tapármelo. (Usuario del comedor).

El marcaje de la piel posee un notable componente identitario que refuerza sentimientos de pertenencia en base a códigos compartidos. En este sentido, ciertos códigos simbólicos carcelarios han logrado traspasar los muros de la prisión, plasmándose en la ciudad como huellas visibles de protesta en territorios significativos de CABA:

Imágenes 9 y 10: pintadas en la Plaza de Mayo



Fuente: elaboración propia.

Por otra parte, la creciente digitalización de la sociedad favorece la creación de comunidades transnacionales y redes afectivas a escala global. A este respecto, cabe subrayar la influencia del fenómeno *trap* en las tendencias actuales de modificación corporal –especialmente en el auge del tatuaje facial entre sectores populares, siguiendo una lógica contracultural comparable a la del *punk* en su momento, aunque diferente en cuanto a su integración en circuitos tecnológicos y comerciales–. Así pues, el tatuaje permite materializar aspiraciones estéticas, inquietudes artísticas y deseos de reconocimiento social en contextos carenciados:

... un pibe de un barrio vulnerable que tenga tattoos en la cara (...) lo hace no estar tan marginado, pertenecer más a la tendencia, a la moda (...) sos un pibe de veintipico años, no tenés un peso, no vas a poder estar tatuado,

estar «en la onda» para la gente de tu edad y quedas un poco invisible (...) ahora tatuarse te mete más adentro de un movimiento, de una generación, no te deja tan afuera. (Tatuador).

El hecho de recrear códigos culturales, plasmando simbologías a través de la piel y fortaleciendo grupos de pertenencia, explica el tránsito del tatuaje de la marginalidad a la centralidad en el imaginario popular. Tanto es así que, actualmente, es posible observar grandes murales y carteles publicitarios en distintos puntos estratégicos de CABA –tales como Av. 9 de Julio, Av. Corrientes, Av. del Libertador y Av. Santa Fe, entre otras– protagonizados por celebridades visiblemente tatuadas, como futbolistas y cantantes:

Imagen 11: campaña publicitaria de *Adidas* con *Duki* (Av. del Libertador)



Fuente: elaboración propia.

Las prácticas del tatuaje aquí contempladas involucran trayectorias biográficas atravesadas por experiencias de exclusión social y privación de libertad, sumado a las sociabilidades y las políticas de las sensibilidades propias del tejido urbano. El marcaje de la piel no solo configura un relato personal, sino que también remite a marcos colectivos de significación asociados a estructuras de dominación, estigmatización, resistencia y pertenencia. En esta línea, la investigación no constituye un fenómeno neutral ni aséptico, sino un proceso relacional cargado de implicaciones emocionales tanto para quienes investigan como para quienes participan en calidad de informantes. Para concluir, conviene advertir la necesidad de una constante vigilancia epistemológica en torno a las relaciones de poder que atraviesan la práctica etnográfica –especialmente en contextos de extrema precariedad–, con el fin de contemplar reflexivamente las posibles reciprocidades y sinergias que emergen en el campo analítico:

... recomendando ir por cualquier plaza y charlar un rato con la gente (...) gente que te empieza a contar y, de repente, se acuerda de algo y se pone a llorar, eso impacta (...) creas un vínculo muy grande, la gente se abre y no le importa decir según qué cosas, hablas con una persona 15 o 20 minutos pero son súper intensos, es muy emocional (...) encuentro gente súper abierta conmigo, sonrisas, caras de felicidad y orgullo de que alguien les esté preguntando y quiera saber un poco de sus vidas (...) se palpa en el ambiente, se les ve en la mirada (...) estás ayudando a nivel humano (...) hay una comunidad, puedo encontrar a gente a la que les he hecho fotos, los conozco, me conocen (...) lo outsider, las raíces, los primeros que se empezaron a tatuar (...) de esto la gente no habla mucho. (Documentalista de tatuaje callejero).

Consideraciones finales

Es menester señalar que, dentro de los entornos precarizados en los que se enmarca esta investigación, se percibe una clara feminización de las actividades relativas a la organización y el mantenimiento de los comedores comunitarios (De Sena y Herrera Nájera, 2022). Sin embargo, el tatuaje constituye un espacio históricamente atravesado por dinámicas de masculinidad hegemónica, especialmente dentro de los circuitos carcelarios. Es por ello por lo que esta compilación exploratoria de material etnográfico posee una mirada predominantemente masculina, de modo que la integración de las voces femeninas en el estudio del tatuaje en contextos de pobreza constituye todavía un desafío pendiente.

A pesar del carácter preambular de las argumentaciones expuestas, se pretende enfatizar la importancia del tatuaje en la comprensión de procesos macro y microsociales que atraviesan los cuerpos y las emociones de las personas en situación de pobreza en CABA. De acuerdo con la información recabada, el tatuaje puede desempeñar un rol clave en la estructuración de subjetividades. Considerando la lógica erosiva de la pobreza, la ruptura del sentido de pertenencia social y la desposesión del *yo* que afectan a las personas en situación de calle, el tatuaje puede operar como un *mecanismo de soportabilidad social* (Scribano, 2012) mediante el cual los sujetos logran sobrellevar las condiciones de constante precarización de la vida cotidiana. De este modo, puede resultar esclarecedor plantear el tatuaje como una forma de resistencia simbólica frente a la exclusión y la violencia. Deviniendo, el marcaje de la piel, en una reafirmación de la capacidad de agencia de los sujetos en situación de pobreza. Dentro de un contexto de apropiación capitalista de todas las esferas de la vida, el tatuaje se presenta como una plataforma de autonomía frente a la creciente *privatización de la corporalidad* (Baudrillard, 2009). Especialmente en situaciones de extrema desposesión, el cuerpo es percibido como un recurso y, en este sentido, el fenómeno del tatuaje favorece la reapropiación del cuerpo en contraposición a las lógicas de *disciplinamiento y control biopolítico* (Foucault, 1976). Por ende, la inscripción de tatuajes en zonas visibles del cuerpo –como rostro, cuello, manos y brazos– pueden interpretarse, dentro de este contexto, como

formas de *resistencia micropolítica* (López Vergara, 2007) que desafían los códigos culturales dominantes, *incorporando* sus códigos propios.

Asimismo, esta tipología de investigación revela el potencial movilizador e instituyente de la práctica etnográfica, en la medida en que el tatuaje habilita un espacio de expresión y sociabilidad para las personas en situación de calle. Al compartir detalles biográficos plasmados en su piel, los sujetos reflexionan sobre sus gustos, creencias y valores, lo cual tensiona las lógicas de disociación identitaria y temporal que puede implicar la vida en la calle. A su vez, esta práctica dialógica de reconexión con el *yo* evidencia sentidos de pertenencia, proyecta aspiraciones artísticas, resignifica experiencias dolorosas y promueve el (auto)reconocimiento de la memoria y la trayectoria vital.

En síntesis, a pesar de que las prácticas del tatuaje difieren entre los distintos sectores socioeconómicos, la irrupción de las lógicas digitales en la vida social ha supuesto una creciente homogeneización en el acceso al tatuaje. Teniendo en cuenta los devastadores efectos de la pobreza, una investigación de esta naturaleza puede desvelar experiencias alternativas de sociabilidad y sensibilidad, además de implicar la convergencia de narrativas aparentemente tensionadas. Debido a su amplitud, el fenómeno del tatuaje navega entre ambigüedades, habitando una escala de grises entre la marginalidad y la moda, entre la intimidad y la visibilidad, entre la distinción y la pertenencia, entre la desposesión y la ostentación.

Bibliografía

- Baudrillard, J. (2009). *La sociedad de consumo: Sus mitos, sus estructuras*. Siglo XXI Editores.
- Cerbino, M. (2011). Jóvenes víctimas de violencias, caras tatuadas y borramientos. *Perfiles Latinoamericanos*, 1 (Nº 38), 9-38.
- Cervio, A. L. (Ed.) (2023). *Experiencias y sensibilidades urbanas: miradas plurales, en perspectiva sociológica*. Estudios Sociológicos Editora.
- De Sena, A., & Herrera Nájera, J. M. (Comps.). (2022). *Sensibilidades, subjetividades y pobreza en América Latina*. CLACSO. <https://www.clacso.org/sensibilidades-subjetividades-y-pobreza-en-america-latina/>
- Diz, C. (2018). Tácticas del cuerpo: Activismo y resistencia en la ciudad en crisis. *Disparidades. Revista de Antropología*, 73(1), 127-152. <https://doi.org/10.30827/disparidades.v73i1.12345>
- Foucault, M. (2005 [1976]). *Historia de la sexualidad, 1: La voluntad de saber*. Siglo XXI Editores.
- López Vergara, R. (2007). Cuerpos transgresores/cuerpos transgredidos: Carne y memoria marcadas. Los jóvenes y sus prácticas de modificación corporal. *Última Década*, 15(26), 103-119.
- Martínez Rossi, S. (2011). *La piel como superficie simbólica. Procesos de transculturación en el arte contemporáneo*. Fondo de Cultura Económica.
- Moyano, R. (2020). Brecha social y brecha digital: Pobreza, clima educativo del hogar e inclusión digital en la población urbana de Argentina. *Signo y Pensamiento*, 39(77), 1–14.
- Porzio, L. (2012). El cuerpo entre la resistencia y la asimilación: Estrategias incorporadas e itinerario corporal de un Latin King. *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 67(1), 85-114. <https://doi.org/10.3989/rdtp.2012.v67i1.1234>
- Rosa, H. (2010 [2005]). *Aceleración. Una crítica social del tiempo*. Katz Editores.
- Said, E. (2008). *Orientalismo*. Random House Mondadori.
- Scribano, A., & Vergara, G. (2009). Feos, sucios y malos: La regulación de los cuerpos y las emociones en Norbert Eliás. *Caderno CRH*, 22(56), 411-422. <https://doi.org/10.1590/S0103-49792009000200009>
- Scribano, A. (2012). Sociología de los cuerpos/emociones. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 1(10), 91-111. <https://doi.org/10.1590/S0103-49792012000100007>
- Scribano, A., & Lisdero, P. (2018). Experiencia visual e investigación social: Hacia una crítica de la economía política de la mirada digital. *Religación. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 3(9), 165-181. <https://doi.org/10.18041/religacion.2018v3n9.165>
- Turner, T. S. (2007). *The social skin*. En M. Lock & J. Farquhar (Eds.), *Beyond the body proper: Reading the anthropology of material life* (pp. 83–103). Duke University Press